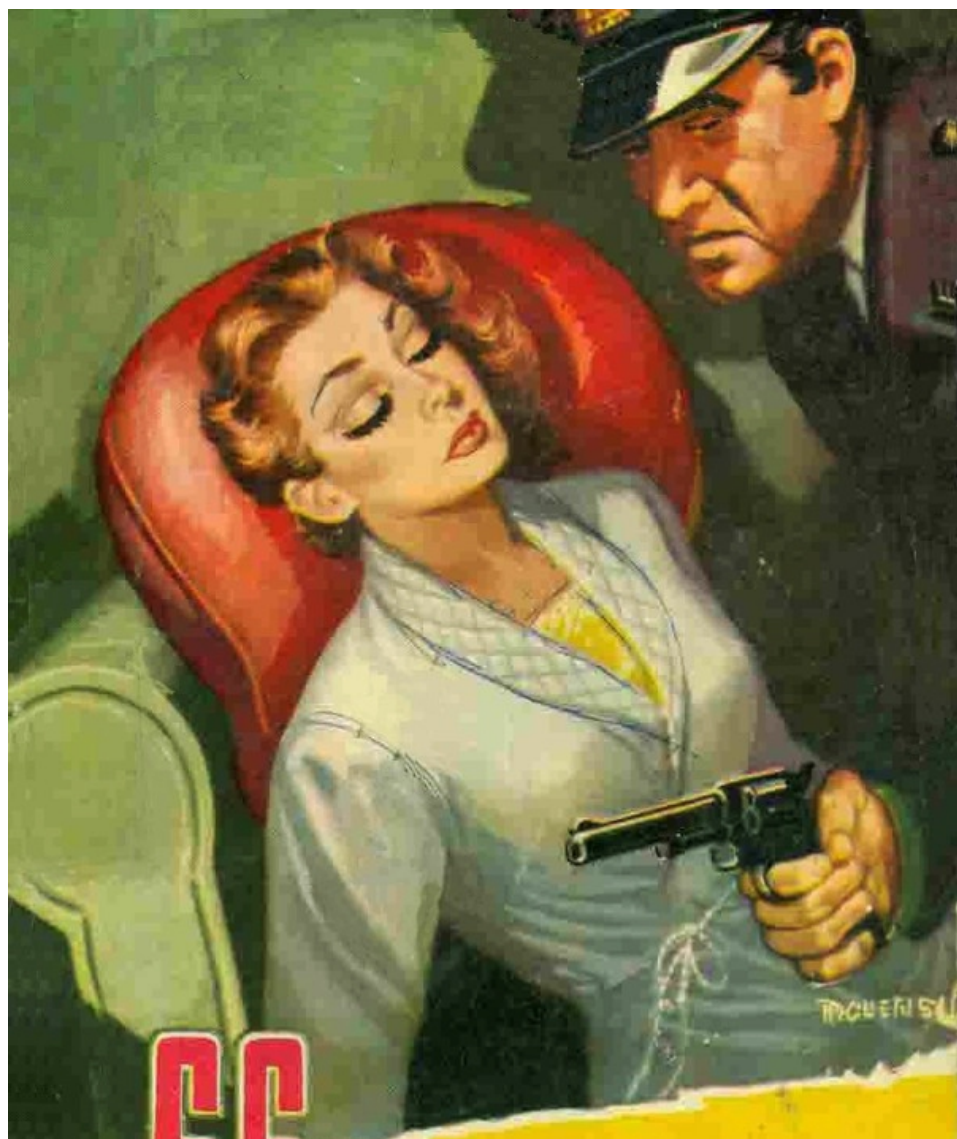




SS

**SERVICIO
SECRETO**

FRED GORHAN

LA ARAÑA TIENDE SUS REDES

de

La chica, descendiente de armenios, poseía un rostro descarado de ojos negros muy vivos, con la nariz respingona. Se llamaba Dy; por lo menos, nadie la nombraba de otro modo, y había que reconocer que el corto diminutivo encajaba a la perfección en su físico, ligero y de una viveza de ardilla. Su aguda voz solía dispararse muy aprisa, como el gorjeo de un pájaro, y habría sonado armoniosa sin las estridencias y desgarros de que a veces hacía gala cuando la muchacha se sentía acalorada, suceso bastante frecuente, por desgracia.

En ocasiones Bill Seton se daba a todos los diablos y la llamaba al orden, pero Dy no se mordía la lengua.

—¡Maldita avispa! ¿Callarás de una vez?



Fred Gorham

La araña tiende sus redes

Bolsilibros: Servicio Secreto - 218

ePub r1.0

jala y xico_weno 08.07.17

Título original: *La araña tiende sus redes*
Fred Gorham, 1954

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





Fred Gorham

**La araña tiende
sus redes**

1ª E D I C I O N

SEPBRE -19 5 4

EDITORIAL

Proyecto, 2-T 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

CAPÍTULO PRIMERO

La chica, descendiente de armenios, poseía un rostro descarado de ojos negros muy vivos, con la nariz respingona. Se llamaba Dy; por lo menos, nadie la nombraba de otro modo, y había que reconocer que el corto diminutivo encajaba a la perfección en su físico, ligero y de una viveza de ardilla. Su aguda voz solía dispararse muy aprisa, como el gorjeo de un pájaro, y habría sonado armoniosa sin las estridencias y desgarros de que a veces hacía gala cuando la muchacha se sentía acalorada, suceso bastante frecuente, por desgracia.

En ocasiones Bill Seton se daba a todos los diablos y la llamaba al orden, pero Dy no se mordía la lengua.

—¡Maldita avispa! ¿Callarás de una vez?

—¡No! —gritaba Dy desafiante, agitando su pelo.

Seton la miraba aviesamente, en un silencio cargado de amenazas, sin que Dy, plantada frente a él, parpadease. Al final, el hombre lanzaba un bufido y se aislaba en su despacho, cerrando la puerta de golpe.

Habían trabado conocimiento cuatro años atrás, en circunstancias imprevistas. Seton venía de Corona, una barriada de Queens, en donde había estado investigando ciertos pormenores sobre una viuda, y al cruzar por un solar convertido en vertedero de basuras, se vio metido de lleno en la batalla organizada por una pandilla de granujas que, por lo visto, andaban por allí en trabajos de «recuperación». Al parecer habían disputado por algún despojo y se habían formado dos bandos, que en aquel momento dirimían sus diferencias a pedrada limpia. Seton repartió unos cuantos puntapiés, y los beligerantes se apresuraron a esfumarse del campo del honor, pero quedaba una víctima, Dy; ésta, por entonces,

contaba catorce años. Un «proyector» había acertado su cabeza, dando en tierra con la chica. El hombre la cogió en brazos y anduvo con ella desmayada hasta el dispensario de Keaps St., en donde la curaron. La herida había sido más aparatosa que profunda. Dy recobró el conocimiento, y el médico, después de vendarle la cabeza, le dijo a Seton que ya podía llevársela.

Salieron a la calle, y en la acera se detuvieron. La chica no había despegado los labios. Vestía unos mugrientos harapos, y los desnudos pies desaparecían en unos gastados zapatos masculinos sin cordones.

—¿Qué piensas hacer, muchacha?

—Marcharme —respondió Dy, alzando hacia Seton su demacrado rostro, en donde los negros ojos brillaban cargados de odio y de tristeza.

—¿Tienes hambre?

Dy apretó los labios y no dijo nada, y entonces Seton la cogió bruscamente de la mano.

—¡Ven conmigo! Y otra vez, cuando te hable, contesta. ¿O es que eres muda?

—No soy muda —replicó Dy.

La metió en un taxi, y dio las señas de su domicilio. Bill Seton ocupaba un departamento de cuatro habitaciones en Clinton St., en Manhattan. Allí vivía y tenía el despacho, una agencia de investigación tan privada que todo el trabajo recaía sobre Seton, ayudado por una muchacha que, por cierto, le había plantado dos días antes porque se casaba.

Aquella tarde, Seton entró en el departamento llevando a Dy de la mano. La pasó al *living*, y le dio de comer. La chica devoró, como un lobo famélico, cuanto pudo, hasta que Seton, temiendo por su vida, le retiró los platos.

—Bueno —le dijo Bill—, ahora descansa un poco, mientras yo resuelvo un asunto.

Se fue al despacho, y se dedicó a redactar el informe sobre la viuda. Cuando, al concluir, entró en el *living* para hacerse cargo de la chica, se encontró con que ésta se había quedado profundamente dormida sobre el sofá. No quiso despertarla, y salió a la calle para entregar el informe. Dos horas más tarde regresaba. Dy seguía durmiendo, pero ahora tenía fiebre; la cabeza le ardía. Bill se puso

de un humor de perros. Al final, decidió albergarla por aquella noche en su casa. La abrigó con una manta y se fue a la cama.

Aun no serían las seis de la mañana cuando un terco ruido que no provenía de la calle sino del propio departamento, le despertó. Bill se puso el albornoz, y salió del dormitorio. En el antedespacho, sentada ante la máquina de escribir, la chica golpeaba las teclas valiéndose de un dedo de cada mano.

—¿Qué diablos haces? ¡Me has despertado!

—Ya es de día —le contestó Dy con viveza, volviendo la cabeza.

—¡Es demonios coronados! —gritó él—. Además, ¿quién te ha dado permiso para que enredes en la máquina?

—Dam me dejaba.

—Me importa un pepino ese Dam. La máquina no es para jugar, y menos a estas horas.

—No juego; escribo. Sé escribir —aseguró la chica, con dignidad.

Era cierto. Había copiado una columna entera del «Daily Telegraph» sin cometer un solo error. En vista de ello, Seton le dictó un párrafo, que la muchacha mecanografió de un modo anárquico, valiéndose de sus dos dedos, pero bastante aprisa. Cuando concluyó, Seton arrancó la cuartilla del rodillo y la leyó en silencio. Increíble: ni una falta de ortografía.

—¿Quién te ha enseñado a escribir tan bien, pequeña?

—Nadie. Yo sola. Siempre que encuentro un periódico lo leo todo, fijándome mucho. Bill Seton se rascó la cabeza, pensativo. Se le acababa de ocurrir una idea.

—¿Te gustaría trabajar aquí conmigo?

Dy aceptó la proposición sin el menor titubeo, y después contestó a cuantas preguntas le formuló Seton sobre su vida. Sus padres habían muerto cinco años atrás, a poco de llegar como emigrantes a los Estados Unidos, y ella, sola, sin familia, había pasado por los mil desventurados azares de rigor. Últimamente «trabajaba» para un tal Bob, que compraba todos los hierros viejos que le llevaban. Precisamente en un cobertizo de su casa se recogía Dy por las noches.

—Bueno —dijo Seton, al final del interrogatorio—, a lo mejor sirves para otras cosas que para buscarle a Bob hierros viejos. Te probaré.

A los cuatro meses, Dy llevaba a las mil maravillas todo el papeleo de la agencia. Vivía con Seton en el departamento, y éste corría con todos sus gastos.

Así pasaron dos años, hasta que, en cierta ocasión, Dy se declaró en rebeldía, diciendo que quería vivir «por su cuenta».

—¿De qué diablos me hablas?

Dy se explicó perfectamente. Era verdad que Seton le proporcionaba vestidos, comida y alojamiento, pero no era menos cierto que ella desempeñaba eficientemente un trabajo sin percibir un solo centavo. De modo que una cosa compensaba sobradamente la otra, y ella no tenía por qué estarle agradecida a Seton. Solicitaba, pues, que éste le abonase el justo sueldo que le correspondía, sin preocuparse más de ella. De esta forma, Dy organizaría su vida del modo que mejor le pareciese. En caso contrario, se marcharía a trabajar a otro sitio, donde ya la habían solicitado.

Seton abrió la boca de pasmo. Después, se llenó de furor al considerar la egoísta actitud de aquella mocosa a quien él había sacado del arroyo.

—¡Me gano de sobra lo que usted se gasta conmigo! —le gritó Dy, atajando sus recriminaciones.

—Y por eso, ahora que te ves encarrilada, quieres dejarme, ¿no?

—¡No! Quiero seguir trabajando con usted, pero sabiendo que no dependo de nadie.

Además, que ya soy una mujer, y no me gusta vivir sola con un hombre, siendo soltera.

Seton rompió a reír a carcajadas, y Dy se puso colorada hasta las orejas.

—Pero criatura, si tú...

—¡No me toque usted! —le chilló la chica, fuera de sí.

—¡Que el diablo te lleve, mal bicho!

A partir de entonces, Bill le asignó un sueldo de sesenta dólares y la muchacha se trasladó a una *boarding-house* de la misma calle, sin asomar por el apartamento de Bill fuera de las horas de oficina.

Ahora tenía ya dieciocho años y físicamente había sufrido una evidente transformación, aunque Seton siguiese viendo en ella el mismo personajillo que recogiera cuatro años atrás del vertedero de Corona; mejor arreglado, desde luego, y bastante más lustroso pero

idéntico. Su salvaje egoísmo y descaro, aquella fea costumbre de mascar chicle ostentosamente, su gusto por las telas chillonas y el desgarró de voz y ademanes de que en ocasiones hacía gala, denunciaban su baja procedencia. Pero era muy eficiente para el trabajo, y lista como un rayo. He aquí la razón por la que Seton la toleraba. Eso decía él, aunque en el fondo experimentase por la muchacha una secreta simpatía que no quería confesarse.

CAPÍTULO II

Acababan de dar las cuatro de la tarde, cuando Bill oyó abrir la puerta que daba al pasillo. Dy, que estaba escribiendo a máquina, abandonó la tarea y alzó los ojos:

—¿Es ésta la oficina del señor Seton?

—Sí. Puede pasar.

La visitante se volvió para cerrar la puerta, y Dy le echó una penetrante ojeada. Vestía un elegante traje de corte gris, y calzaba impecables zapatos negros que realzaban la esbeltez de sus piernas, valoradas con finísimas medias plumizas. Al darle la cara, Dy apreció un rostro de indudable belleza, acentuada llamativamente por el cuidadoso maquillaje. La clasificó inmediatamente, diciéndose que aquella morena de ojos verdes, que no pasaría de los veinticinco años, era «una pájara de cuidado».

—¿Qué desea?

—Venía para hablar con el señor Seton.

—¿Estaba citada con él?

—No, no. Me envía la «Agencia

Mackar's».

Allí me dijeron que podría verle aquí.

¿Está?

—No sé. Aguarde un momento.

Se alzó de la silla, y penetró en el adjunto despacho, cerrando tras de sí la puerta, Seton, que aparecía sentado frente a su mesa ojeando unos papeles, alzó la cabeza.

—¿Qué hay?

—Una mujer quiere verle. La manda
«Mackar's».

—¿Qué aspecto tiene?

—A mí no me gusta ni pizca, pero a usted le entusiasmará.

—Entonces, que pase enseguida. Y deja ya de masticar esa porquería, ¿me oyes?

No debió de oír nada, porque siguió moviendo las mandíbulas, mientras se reintegraba al antedespacho, donde aguardaba la visitante.

—Puede entrar.

Cuando la mujer penetró en la estancia, Seton ya estaba de pie. La visitante se presentó con una sonrisa, a tiempo que alargaba su mano.

—Mi nombre es Catherine Wood. Supongo que usted será el señor Seton...

—El mismo. Siéntese, por favor.

Se acomodaron en sendos sillones, en un extremo del despacho. ¿Qué iría a proponerle aquella desconocida? Todos los huesos que «Mackar's»

rehusaba roer se los largaban a él, y encima Aleck exigía su comisión. ¡Maldito oficio!

—Usted dirá...

La visitante volvió a lucir su deslumbrante sonrisa.

—Me envía

«Mackar's».

—Ya me lo han dicho. Puede hablar con toda franqueza, señorita Wood.

—Señora —corrigió la mujer—. Le he dado mi nombre de soltera, quizá porque no me contente mucho oírme llamar señora Bradley.

—¡Ya!

—Me casé con George Bradley aun no hará seis meses. Me sentía enamorada de él, y estaba segura de ser feliz a su lado. Pero obré irreflexivamente, como una chiquilla, porque George no ha resultado como yo me imaginaba que sería. Mi marido es un ser egoísta y brutal, y yo...

—¡Permítame! —la atajó Seton—. ¿Qué edad tiene su esposo?

—¡Eh!... No creo que esto tenga nada que ver...

—No ha respondido a mi pregunta, señora. ¿Qué edad tiene el señor Bradley?

—Desde luego, me lleva algunos años, pero esto no creo...

—¿Cuántos años le lleva?

—¡Pues no lo sé, exactamente! —respondió con enojo evidente, sofocada—; tal vez treinta, pero le repito...

—¡No me repita nada! —Tornó a atajarle, mirándola con fijeza—. Soy yo el que debo advertirla que no me gusta perder tontamente el tiempo. Si

«Mackar's»

la envía a mí, es porque su asunto huele a demonios. Yo me gano la vida sirviendo con toda fidelidad a clientes que, como usted, buscan sacar alguna ventaja por procedimientos que no son los normales. Ya ve que le hablo con toda franqueza.

Proceda usted conmigo de la misma forma, y seguramente llegaremos a entendernos. Si está convencida de ser un ángel caído en desgracia, su sitio no es éste, señora.

«Mackar's»

puede arreglarle las cosas. Yo sólo soluciono lo que ellos no se atreven a resolver, ¿comprendo?

Guardó silencio, y contempló con fijeza a la visitante. Ésta había bajado la cabeza, y parecía meditar. Así estuvo durante un rato. Finalmente, miró a Seton y se echó a reír.

—¿Fuma usted, señor Seton? —le preguntó, ofreciéndole el paquete que extrajo del bolso.

Cogió un pitillo y, después, sacó el mechero para ofrecer fuego a la mujer.

—Gracias.

Se retrepó cómodamente sobre el respaldo del sillón y cruzó las piernas con desenvoltura, lanzando al aire una bocanada de humo azulado. Después, miró a Seton de un modo risueño y descarado.

—Me agrada usted, y creo que tiene toda la razón. Corresponderé a su franqueza, diciéndole que quiero divorciarme a toda costa de mi marido.

—No soy abogado.

—Lo sé, Pero tal vez usted pudiera encontrarme algún buen motivo de divorcio para visitar al abogado.

—¿Favorable a usted y en contra de su marido?

—Claro.

—¿Es rico ese Bradley?

—Mucho.

—¿Y aspira a sacar algo?

—Lo más que pueda.

—Muy bien. ¿Qué le parecería esgrimir en su demanda, como motivo, el adulterio, comprobado, de su fiel esposo? George tendría que pagarle el máximo.

—¡Maravilloso! Lo malo es que George no, es mujeriego, y que sigue enamorado de mí como un...

—¿Desagradable?

—Claro. Es un viejo asqueroso.

—¿Suele viajar?

—Va a Filadelfia de vez en cuando. Negocios.

—¿Con frecuencia?

—Una vez al mes. ¿Por qué lo pregunta?

—En uno de esos viajes, George podría serle infiel.

—No lo creo.

—Yo, sí. Por lo menos, que todo el mundo piense que su marido se ha decidido a echar una cana al aire. Figúrese que sorprendemos al bueno de George en su cuarto del hotel de Filadelfia, en compañía de una dama convenientemente aligerada de ropa.

—¿Sería usted capaz de conseguir eso? —indagó la visitante, abriendo los ojos. Seton se echó a reír.

—Si me pagan, sí.

—¿Cuánto?

—Dos mil y gastos aparte.

—Lo de gastos es muy elástico —opinó la mujer—. ¿Cuánto en total?

—Pongamos... tres mil.

—Demasiado dinero.

—Lo siento —replicó Seton.

—Quiero decir —se apresuró a aclarar ella— que yo no dispongo ahora de esa suma. George paga todas mis facturas pero, como comprenderá, ésta no puedo presentársela.

—Claro.

Seton la contemplaba en silencio, componiendo el imperturbable rostro que Dy calificaba «de piedra», sin que por otra parte su interlocutora despegase los labios. Al final, la mujer se decidió a intervenir.

—Bueno, le adelantaré doscientos, que es lo que llevo ahora en

el bolso, y pasado mañana le completaré los mil. Cuando termine su trabajo, le pagaré el resto. ¿Qué le parece?

—Conforme.

La mujer le hizo entrega de dos billetes de cien dólares, y a continuación Seton se dedicó a hacerle diversas preguntas para informarse debidamente de cuantos detalles pudieran interesarle con vistas a la futura tarea. Según le explicó ella, su esposo partiría para Filadelfia en la semana entrante, unos cinco días después, hospedándose, como siempre, en el «Hotel Mc Ginnis», de dicha ciudad.

—Perfectamente —le dijo Seton, dando por terminado el interrogatorio—. Tenemos tiempo sobrado para organizarlo todo, y espero arreglar el asunto a su entera satisfacción, señora Bradley.

—Kate Wood —corrigió la visitante, con una maliciosa sonrisa, a tiempo que se alzaba del asiento.

—Como guste, señorita Wood —admitió el hombre, imitándola.

Quedaron en que la mujer se pondría en comunicación con él pasados dos días, y acto seguido se despidieron, acompañándola Seton deferentemente hasta la salida, que daba al corredor.

Cuando después de cerrar la puerta giró sobre sus talones, vio que Dy le contemplaba con las cejas fruncidas.

—Tienes que avisarme a Betty. Le dices que se pase por aquí mañana, a las diez.

—¿Otro trabajito de vampiresa? —indagó Dy. Y como Seton se contentase con sonreír burlonamente, añadió—. ¿Cuándo dejará usted de meterse en más porquerías?

—Cuando tú te conviertas en millonaria y corras con todos mis gastos, Dy.

—¡Qué asco! —comentó la chica.

CAPÍTULO III

Mucho tiempo hacía que Seton no experimentaba el menor escrúpulo interviniendo en aquellas «porquerías», según el calificativo de Dy. ¿Acaso no era la vida una inmensa lonja de contratación en donde todas las cualidades y virtudes humanas tenían su precio?

Obrar ingenuamente, ateniéndose a rígidos principios morales, era para Seton actitud que sólo podía conducir al fracaso, a convertirle en la presunta víctima del eterno juego de intereses que era, a su entender, la existencia entre los hombres. Como ya le ocurrió en cierta ocasión, seis años atrás.

Por aquella época, Seton prestaba sus servicios como agente de la Policía metropolitana, y se iba a casar con Sally Briant, una dependienta de los «Almacenes Altman», de quien estaba profundamente enamorado. Ya habían fijado la fecha de la boda y proyectado los planes para el futuro. Seton se sentía plenamente feliz. Sus jefes se manifestaban contentos de su trabajo, y muy pronto se vería al lado de aquella inefable criatura en donde él veía cristalizadas todas las perfecciones y virtudes. Hasta que la cruda realidad le abrió los ojos un aciago día; aquella tarde en que Sally, se transformó de súbito en otra mujer, al decirle que no le quería y que, desde aquel momento, lo relevaba de todo compromiso. Algo disparatado, que le volvió loco. Dios mío, ¿qué había pasado? La razón de la súbita mudanza se reveló muy sencilla, de una sencillez canallesca. Lo supo más tarde: resultó que su angelical Sally se había tropezado con otro galán bastante más rumboso y adinerado que el simple policía que era William Seton, acontecimiento que la decidió a abandonarle para adjudicarse, como era lógico, al mejor postor.

El desdichado episodio le transformó en un nuevo personaje. Al poco tiempo, Seton abandonaba la Policía para entrar a trabajar en una agencia de investigación privada, de la que meses más tarde marchaba también, a raíz de la violenta disputa surgida en torno de cierto asunto, en donde su jefe pretendía alzarse con la parte del león.

Desde entonces, venía trabajando, por cuenta propia, en su despacho de Clinton St., convertido en el avisado pescador de río revuelto que sólo procura eludir caer en las mallas de la ley, ateniéndose a la letra escrita, sin importarle mucho el espíritu que la informó. Por fortuna, su vieja herida había cicatrizado, y ahora podía mirar al mundo y a sus gentes con los expertos ojos de quien ya está al cabo de la calle.

Hasta dos fechas después de la visita de Kate Wood, concretamente hasta el día 16, Seton se dedicó a sus tareas sin pensar más en el asunto. Esperaba, como habían quedado, que la mujer le telefonease para hacerle entrega de los ochocientos dólares y poner mano a la obra. El ya había hablado con Betty, una vistosa corista, que bordaba el papel a las mil maravillas. Doscientos dólares le pagaría por aquel «trabajo», que a Seton le reportaría un beneficio de dos mil y pico. ¡Excelente bocado!

El día 16 por la mañana, llegó a la oficina pasadas las once. Todo normal. Media hora más tarde, Dy conectaba con el teléfono de su despacho:

—La señora Bradley pregunta por usted.

—Perfectamente. Ponme con ella.

Oyó su voz al otro extremo de la línea, y tras los saludos de rigor, la mujer manifestó:

—Esperaba poder verle a esta hora para entregarle lo que ya sabe y charlar del asunto, pero resulta que ahora tengo algo urgente que hacer. ¿Le molestaría telefonearme usted mismo más tarde?

—Claro que no.

—Le daré, entonces, mi teléfono. Apunte: MU 6 – 5450.

Mientras él tomaba nota del número, su comunicante le preguntó:

—¿Qué hora tiene, por favor, señor Seton?

—Las doce menos veinte —informó, consultando su reloj de pulsera.

—Muy bien. ¿Puede llamarme dentro de hora y media?

—¡Desde luego!

—Pero procure ser lo más puntual posible, señor Seton.

—Le telefonaré a la una y diez, exactamente.

—¡Agradecida! Nos citaremos y le entregaré lo prometido, informándole de varias cosas. El marcha pasado mañana a mediodía. Supongo que habrá tiempo.

—No se preocupe. Lo habrá.

—Perfectamente. Entonces, hasta la una y diez.

—Adiós.

Recibió a dos clientes, y a la una le dijo a Dy que ya se podía ir a comer. Había decidido quedarse allí hasta hablar con la señora Bradley. ¿Por qué diablos debería telefonarle a la una y diez exactamente, y no un poco antes o después? Se encogió de hombros y encendió un cigarrillo.

Cuándo el minuterero del reloj cubrió la raya de las diez, descolgó el auricular, y marcó el número dictado. Una mujer acudió a la llamada.

—Diga.

—¿La señora Bradley?

—¿De parte de quién?

—Seton.

—¿El señor Seton?

—Sí, sí. Bill Seton.

—Aguarde un momento.

La espera se prolongó casi minuto y medio. Finalmente, alguien volvió a tomar el teléfono.

—¿El señor Seton?

—El mismo, señora Bradley. Como verá, cumplo lo prometido.

—Desde luego —rió la mujer, pero de una forma rara, como si estuviese nerviosa, incluso parecía que le hubiese cambiado la voz. Prosiguió—: Perdona que le haya hecho esperar. Estaba hablando con mi marido. Suponía que no tendría ningún compromiso para hoy, y por eso no le informé de su invitación. Creí que no habría el menor inconveniente. Pero ahora resulta que George ya había adquirido otro compromiso anterior, que no puede eludir. ¿Sería tan amable de disculparnos, señor Seton?

Bill mantenía el auricular pegado a la oreja y había abierto la

boca de pasmo. ¿Qué demonios le decía aquella mujer? Por otra parte, no lograba identificar su voz con la de la visitante de dos fechas atrás, y, sin embargo —¡cosa rara!— aquel tono le era, en cierto modo, familiar. Reaccionó y aprovechando la pausa, preguntó, bajando la voz sin saber por qué:

—Oiga, ¿ocurre algo?

Podría haberse ahorrado la interrogante, porque la mujer continuó de modo incongruente, como si conversase con otra persona:

—¡No sabe cuánto se lo agradecemos! Sí, sí, desde luego. Estaríamos encantados, tanto mi marido como yo. Precisamente el otro día nuestro común amigo Delanney me estuvo hablando de usted como de un anfitrión ideal. Al parecer, le aprecia mucho. Recuerdo que me dijo que iría a verle, y supongo que ya le habrá informado de todo. Quiero decir, del interés que yo tenía en complacerle, accediendo a su gentil invitación.

¿Se lo dijo el señor Delanney?

—¡Al diablo! —exclamó Seton, sin salir de su asombro.

Inmediatamente, la mujer volvió a desempeñar el disparatado papel, diciendo:

—¡Perfectamente! ¡No, por Dios! Al contrario, usted es quien tiene que disculparnos a nosotros... ¡Buenos días, señor Seton, y muchas gracias!

Cuando cortaron la comunicación, aun siguió Seton inmovilizado, por breves segundos, como un estúpido. Filialmente, soltó una maldición y dejó caer el auricular sobre la horquilla.

¿Qué diablos podría significar todo aquel galimatías? ¿Se habría equivocado de teléfono? Desechó la idea al pensar que de ser así, el equívoco se hubiese puesto de manifiesto enseguida. Se le hacía muy cuesta arriba admitir que hubiese otra señora Bradley que esperase la llamada de otro señor Seton. ¡No, no! Además, ahora recordaba que, en el curso de la desconcertante charla, la comunicante aludió a su marido, llamándole George, o sea, el mismo nombre de que le habló la maldita Kate Wood. Una nueva coincidencia que hacía aún más improbable la suposición. Tenía, pues, la seguridad de haber marcado el mismo número que había escrito en la agenda hora y media antes. Todo aquel tinglado era, sin duda, obra de la visitante, y la incomprensible escena telefónica

debería poseer alguna oculta significación. Fuese como fuese. Seton estaba seguro de que su comunicante no era la mujer que estuvo en su despacho, y que le había llamado por teléfono a las once y media de la mañana. Su voz era muy diferente y la dama parecía sentirse nerviosa, como si le hubiese asustado su llamada y tratase de disimular. Pero había otra cosa mucho más intrigante: su voz. Seton cuando ella hablaba, tuvo la impresión de que aquella voz, distinta por completo a la de la Wood, no le era desconocida, aun más, que le era familiar. ¡Qué absurdo!

Se esforzó por evocar el timbre de voz de la desconocida, para tratar de identificarlo con el de alguna mujer que él recordase, sin poder conseguirlo. Suspiró y se pasó ambas manos por la cabeza, procurando serenarse. De pronto, se le ocurrió una idea y se abalanzó de nuevo al teléfono, marcando rápidamente un número.

—
¿Mackar's?

—Sí.

—Hágame el favor de ver si todavía está ahí Aleck. De parte de Seton. Aguardó unos segundos, y, por fin, escuchó la voz de su amigo.

—Me has pillado de milagro. ¿Qué quieres?

—Oye, Aleck, ¿me enviaste al despacho a una tal señora Bradley?

—No, no. ¿Por qué?

—Me dijo que la enviaba

«Mackar's»,

y yo sólo pensé en ti. ¿No ha podido enviarla otro?

—Claro que no. Nadie más puede hacerlo. Bien lo sabes. ¿Ocurre algo?

—No. Sólo lo que ya te he dicho. La maldita me hizo tragar el anzuelo.

—¡Vele con mucho tiento, Seton! Recuerda que Stone se llevaría la gran alegría si pudiese encontrar motivo para birlarte la licencia.

—No necesitas recordármelo, y espero no dar nunca semejante satisfacción al teniente. ¡Adiós, Aleck!

Cortó la comunicación y acto seguido, se hizo cargo de la guía, hojeó hasta localizar el apellido Bradley. ¡Allí estaba! «George Bradley, West

41 St.,

282». Pero el teléfono que figuraba en la guía o correspondía al que Seton había anotado en la agenda. En vista de ello, decidió comunicar con «Informaciones» para que la chica le dijese dónde diablos se encontraba instalado aquel aparato. Tras un rato de espera, la telefonista le contestó que no podría proporcionarle el dato. Seton tuvo una idea y la puso en práctica:

—Perdone, señorita. Resulta que un amigo mío, llamado George Bradley, me dio ese teléfono. Ahora pensaba llamarlo y para estar más seguro, consulté la guía, encontrándome con que en ella figura otro completamente distinto.

—Sí —admitió su oyente— el de la casa. Su amigo debe de ser el propietario de ella. El número que le dio es, en efecto, el de su departamento del mismo edificio y no figura en la guía.

—Ahora lo comprendo. Privado, ¿verdad?

—Exactamente. Por eso me resistía a informarle.

—Muchas gracias.

Cinco minutos más tarde, Bill Seton cerraba la oficina para irse a comer a un restaurante cercano. Después, se daría una vuelta por el 282 de la 41. No podía apartar de su ánimo la absurda escena vivida momentos antes. Sobre todo, el recuerdo de aquella voz, que no era la de la mujer que acudió a su oficina y que, al mismo tiempo, le había sonado tan familiar, sin poder concretar en dónde ni cuándo la había escuchado antes, le inundaba de desasosiego, barruntando algo indefinible, pero, sin duda, muy desagradable.

¿Qué intriga diabólica se traería entre manos aquella Kate Wood? ¿Y qué papel se le habría asignado a él en el juego? Porque de esto último no le cabía duda. En cuanto tomase un bocado, se pondría a la tarea. La voz de aquella desconocida...

CAPÍTULO IV

Se oyó el prolongado aullido de la sirena, y el coche hizo acto de presencia al doblar la esquina de la Sexta Avenida para enfilarse por la calle 41, sin frenar la marcha. El agente ya había parado el tráfico y muchos peatones curioseaban desde las aceras.

El auto, silenció la sirena y se detuvo ante el portal del 232, un edificio de departamentos, frente al «Dixie». Bajaron los cinco ocupantes y un individuo de trinchera salió de la casa, dirigiéndose al que parecía ser el jefe del grupo recién llegado, un hombre vestido con gabardina que llevaba el sombrero al desgaire, echado hacia atrás.

—¿Dónde ha ocurrido eso, Barton?

—En el quinto. Yo les acompañaré, teniente.

Atravesaron el cordón de guardias uniformados que contenía a los curiosos, y se adentraron por el vestíbulo hasta llegar al ascensor, penetrando en él.

Dos minutos después, el grupo hacía su entrada en un lujoso departamento. Cruzaron el vestíbulo y llegaron a un amplio salón, donde aguardaban varias personas, servidores de la casa, al parecer, salvo un sanitario de blanco uniforme. El de la trinchera lo señaló con la mano, mientras le decía al teniente:

—El nos avisó.

El aludido avanzó hacia los recién llegados, y a una invitación del teniente, explicó:

—Nos telefonearon que aquí había una señora herida y acudimos enseguida con la ambulancia. Cuando llegamos ya estaba agonizando. Pregunté lo ocurrido y sólo supieron explicarme que había sonado como un disparo, al tiempo que ella se desplomaba en el suelo. Desde luego, tiene una herida en el vientre. Lo raro es que

nadie sabe quién le disparó ni desde dónde. El esposo quería que nos la llevásemos, pero murió enseguida. Entonces dije que no tocasen nada, y encargué a mi compañero que les telefonease a ustedes. No creo que pueda contarles más cosas.

—¿Dónde se encuentra el cadáver?

—En esa habitación —indicó el sanitario, señalando una puerta cerrada al fondo del salón.

—¿Ocurrió ahí todo?

—Eso dicen. Por lo visto, la víctima acababa de hablar por teléfono con alguien, cuando sonó el disparo y cayó herida.

—¿Quién estaba con ella?

—El esposo.

—¡Vamos, sargento! —invitó el teniente, dirigiéndose a un individuo corpulento, que todavía no había despegado los labios.

La puerta era de corredera, y al abrirla, aparecía una estancia más reducida e íntima que el salón, que participaba de las características de gabinete y de biblioteca al mismo tiempo.

Estanterías llenas de libros ocultaban la pared de la derecha y toda la del fondo, salvo su extremo izquierdo ocupado por una especie de cabina. Muebles pesados y severos se mezclaban con otros más ligeros y de diferente tapizado, sin que ello perjudicase la armonía del conjunto.



El teniente Stone tuvo que contentarse con una superficial ojeada en torno suyo, porque inmediatamente sufrió el asalto de un señor de cabello gris, casi blanco, que allí se hallaba en compañía de otro individuo. En cuanto divisó al teniente, avanzó a su encuentro, dando muestras de vivo nervosismo.

—Me llamo George Bradley, soy el dueño de la casa y resulta intolerable...

—Cálmese, señor Bradley —le atajó el teniente—. ¿Quién ha sido la víctima?

—Mi esposa. Avisamos inmediatamente, y cuando llegaron los

de la ambulancia en vez de llevársela enseguida, estuvieron perdiendo el tiempo como unos estúpidos.

—Al parecer, ya estaba agonizando. Le repito que se calme, señor Bradley.

El teniente desvió sus ojos, fijándolos en el agente que ya acompañaba al esposo de la víctima cuando entró en el cuarto con el sargento. El agente torció la boca con gesto significativo, como si le invitase a mirar a su espalda, y Stone se dio la vuelta.

Sobre un amplio sofá de almohadones aparecía tendida una mujer. Representaba unos treinta años.

La muerte le había sorprendido con los ojos abiertos. Se envolvía en una bata casera, de seda azul. El dorado cabello enmarcaba un rostro de indudable belleza, que en aquel instante se ofrecía inmóvil y extremadamente pálido, poniendo de manifiesto la artificiosidad del *rouge* que coloreaba sus labios entreabiertos. Una húmeda mancha negruzca destacaba sobre la seda de la bata, a la altura del vientre. Se mantenía boca arriba, en una postura demasiado natural para ser espontánea, dadas las circunstancias. Así lo comprendió, por lo visto, el teniente, porque preguntó:

—¿Quién la trasladó al sofá?

—Yo mismo, ayudado por la doncella y el chofer, que acudieron al ruido —aclaró el esposo.

—¿Qué ruido?

—Un disparo. Eso debió ser. Ella estaba hablando por teléfono en la cabina con la puerta abierta y cuando terminó, sonó el disparo. Yo me encontraba sentado de espaldas en ese sillón y me alcé inmediatamente. Entonces la vi, fuera ya de la cabina, que se doblaba hacia adelante, con ambas manos apretándose el vientre, cayendo desplomada en el suelo.

—¿Había alguien más con ustedes dos en el cuarto?

—Estábamos solos. No había nadie más. Yo leía hacía un rato, y Sally se entretenía hojeando una revista, en espera de que nos avisasen para ir al comedor.

—¿De dónde vino el disparo?

—¡Y qué diablos sé yo! —exclamó el dueño de la casa, con irritado acento—. Sólo sé que oí una especie de detonación y que cuando me levanté y di la vuelta, ella caía al suelo.

La estancia, iluminada por una araña de cristal que pendía del

centro, era interior y sólo tenía dos salidas: la puerta de corredera por donde habían entrado el teniente y el sargento, y otra sencilla, de una sola hoja, que se abría en el lateral izquierdo, junto a la cabina.

Stone, al hacerse cargo inmediato de estas circunstancias, preguntó:

—¿Estaba abierta alguna de esas dos puertas?

—No lo creo —contestó el señor Bradley—. Por lo menos, al levantarme del sillón para correr en auxilio de mi mujer, las dos aparecían cerradas.

El teniente se rascó la cabeza y arrugó el rostro, mientras guardaba un corto silencio.

Finalmente, volvió a encararse con su oyente:

—Usted declara haber oído una detonación, y no hay duda de que su esposa ha fallecido a causa de una herida recibida en el vientre. Por tanto, es lógico suponer que alguien ha disparado contra ella dentro o desde fuera de esta habitación. ¿No cree?

—Seguramente.

—¿Y quién había podido hacerlo, si según me ha dicho, las dos puertas se encontraban cerradas, sin que hubiese nadie más que ustedes dos aquí?

—¡Eso es, precisamente, lo que yo me pregunto! —gritó agresivamente George Bradley—. Pero me parece que son ustedes los que están obligados a averiguarlo.

—Ya lo estamos intentando. Pero sujétese los nervios. ¿Se ha localizado, por lo menos, el arma?

—Que yo sepa, no. Su subordinado le podrá informar mejor de ese extremo —dijo George Bradley, volviéndole bruscamente las espaldas.

El teniente renunció a hacerle más preguntas, aplazando el interrogatorio para momento más oportuno, e hizo una seña al agente que ya estaba en la habitación cuando llegaron Dixon y él.

Entretanto, el sargento, que no había perdido sílaba del diálogo, salió de su inmovilidad y avanzó hacia el extremo izquierdo, junto a la pequeña cabina, cuya puerta de cristales permanecía abierta.

—¿Qué averiguó usted, Rollins? —preguntó Stone, en tono confidencial, al agente.

—Poca cosa, teniente. Cuando recibí la orden, vine aquí y todo

estaba ya como usted lo ve. El hombre me explicó el mismo galimatías que acaba de contarle, y desde entonces no se ha separado de mí. La herida parece de bala, pero el arma no se ve por ningún sitio.

—¿Ha hablado con alguien más de la casa?

—No, no. Me limité a acompañar al señor Bradley sin perderlo de vista, en espera de que llegasen ustedes.

—Muy bien.

En aquel preciso instante, se abrió la puerta de corredera y penetró un nuevo personaje de mediana edad, pequeño y vivaz, vestido de negro, que llevaba un maletín de cuero colgando de su mano derecha.

—¡Hola, doctor White! —saludó el teniente—. Ya le aguardábamos hace un rato.

—Me encontraba en el Bullevue y partí de allí en cuanto me avisaron. ¿Dónde está la víctima?

—¡Ahí la tiene! —señaló Stone, extendiendo su mano en dirección al sofá.

El forense depositó el maletín sobre una mesita cercana y se aproximó a la muerta, inclinándose sobre ella para reconocerla, mientras Stone se inmovilizaba junto a él, en espera de escuchar su primer dictamen.

—¡Teniente! —llamó en aquel instante el sargento.

El aludido giró la cabeza, y Dixon le hizo señas de que se acercase.

—¿Qué pasa? —preguntó, una vez a su lado.

—Creo que ya estamos al cabo de la calle. ¡Mire!

Le mostraba una pequeña cápsula dorada, que Stone identificó al instante con el casquillo de una bala de calibre 5'5.

—¿Dónde ha encontrado eso?

—Dentro de la cabina, en aquel rincón de la derecha —señaló el sargento—. Lo vi brillar desde aquí afuera y entré para recogerlo. Pero lo bueno fue que, al ponerme en cuclillas para hacerme cargo del casquillo, alcé la cabeza y debajo del pupitre descubrí algo mucho más sensacional. Entre y lo podrá ver usted mismo, teniente.

Stone franqueó la puertecilla de cristales y se adentró en la cabina, una especie de cajón guateado, salvo el trozo de pared. El aparato telefónico estaba sobre el pupitre adosado al muro, y

encima había una guía y un bloc de notas, con un lápiz negro.

El teniente puso una rodilla en tierra e inclinó la cabeza para poder mirar debajo del pupitre. Un tenue silbido de asombro surgió inmediatamente de sus labios.

Fijada en la pared y muy bien oculta bajo el tablero del pupitre, se veía una pequeña pistola que apuntaba directamente a su frente.

Stone giró la cabeza y cruzó una significativa mirada con Dixon, que se había arrodillado junto a su jefe.

—¿Se da cuenta, teniente?

—Creo que sí.

—Por lo visto, a la culata se le ha soldado una espiga que encaja perfectamente con esta hembrilla metálica que hay fijada en la pared. Por lo demás, la pistola lleva anexo un ingenioso mecanismo, que al ser accionado por esta palanca, que pasa a través del tablero hasta conectarse con el gancho de donde cuelga el auricular, presiona el gatillo del arma, haciendo que ésta se dispare. A la señora Bradley la mataron premeditadamente. Emplazaron, de modo conveniente, la pistola debajo del pupitre, conectaron la palanca con el gancho del auricular, y cuando tenían la seguridad de que ella estaría en la casa, la llamaron por teléfono. Al terminar la corta conferencia, la señora Bradley colgó el auricular y el mecanismo funcionó, disparándose el arma.

El teniente pudo comprobar enseguida que el sargento Dixon estaba en lo cierto. Valiéndose de un pañuelo para no dejar rastro de sus huellas dactilares, desencajó el arma de la hembrilla y pronto la tuvo en sus manos. La pistola formaba un solo cuerpo con el mecanismo y la delgada palanca que hacía conexión con la horquilla del teléfono. En el cargador encontró dos balas. Las quitó, guardándoselas, y volvió a dejar el arma como estaba. Comprobó que la palanca se conectaba a voluntad y que bastaba una ligera desviación para que, al colgar el auricular, nada anormal ocurriese. Por el contrario, fijándola al gancho, al descender éste por el peso del auricular, se percibía el ligero chasquido metálico del percutor.

—¡Buen truco! —alabó el teniente—. Lo que me extraña es que sea el mismo asesino quien generosamente nos brinde el cuerpo del delito. ¿Qué opina, sargento?

—A mí no me extraña. Se trata de una «Kauff». La pistola no ha sido comprada aquí, sino en Alemania. Este modelo no lo vende

ninguna casa americana, y nos va a resultar muy difícil localizar a su propietario. Esta circunstancia no debía ignorarla el fulano.

El teniente asintió, guiñándole un ojo. Después, valiéndose siempre del pañuelo, desencajó de nuevo el arma, envolviéndola cuidadosamente, para salir acto seguido, de la cabina.

Al poco rato, entregaba el envoltorio a un nuevo personaje, dándole ciertas instrucciones y se ponía a cambiar impresiones con el forense, que acababa de terminar su trabajo. También dirigió la tarea del fotógrafo, que disparó su *flash* repetidamente, siguiendo sus órdenes. Por último, se llevaron a la víctima y en la estancia quedaron únicamente el teniente, el sargento y el dueño de la casa.

Cuando el sargento cerró la puerta, Stone se encaró con George Bradley, diciéndole:

—Sabemos ya cómo mataron a su esposa, señor Bradley. El misterio ha dejado de serlo.

—¿Quién fue?

—He dicho cómo, no quién.

Stone le informó, a continuación, del descubrimiento hecho en la cabina, y George Bradley se inmovilizó con la boca abierta. Finalmente, reaccionó:

—No lo entiendo. Mejor dicho, ahora ya me explico lo ocurrido. Lo que no comprendo es la finalidad.

—Creo que es bien simple: trataban de asesinar a su esposa y lo consiguieron.

—Pero ¿quién diablos pudo hacer eso? ¡Es absurdo! Sally no tenía enemigos y a nadie podía beneficiar su muerte. Por otra parte, si por casualidad alguien me hubiese llamado antes a mí por teléfono o mi esposa no hubiese podido acudir, la víctima en este momento sería otra muy distinta. Todo esto es obra de un loco o... no sé...

—Los locos no calculan tanto, señor Bradley —le advirtió Stone—. Y el asunto está muy bien meditado. La colocación de la pistola con el mecanismo, una vez dispuesta en la cabina la hembrilla, sólo es cuestión de segundos. ¿Comprende lo que quiero insinuar? Fijando la llamada para una hora exacta alguien de acuerdo con el comunicante puede disponer la pistola en la cabina, en la seguridad de que la víctima será la elegida. Aún más, no olvide que basta conectar la palanca con el gancho o desconectarla, para que, a

voluntad, se dispare o no el arma. ¿Lo entiende ahora?

George Bradley rehusó responder y guardó un silencio prolongado, mientras se pasaba nerviosamente ambas manos por la cabeza.

—Supongo que usted será el primer interesado en que todo esto se aclare como es debido. ¿No, señor Bradley?

El aludido contempló al teniente con expresión entre irritada y temerosa.

—¡Naturalmente!

—¿Quién recogió el recado cuando sonó el teléfono? ¿Usted o su esposa?

—Ninguno de los dos.

—Perdón. El teléfono aparece instalado en esta sala y con arreglo a lo que usted me dijo, aquí no había nadie más.

—El aparato se encuentra, efectivamente, aquí, pero el timbre, no —aclaró el señor Bradley—. Me molesten los ruidos y por eso dispuse que el timbre lo instalasen en la cocina. Cuando alguien llama, es siempre Mary, la doncella, quien entra por aquella puerta —señaló la situada en el lateral, de una sola hoja— para hacerse cargo del recado, que después transmite.

—Comprendo. ¿Fue, entonces, la doncella quien avisó a su señora?

—Sí. Yo me encontraba leyendo, como le decía, y Mary entró para coger el teléfono, avisando después a mi mujer.

—¿Suele llamar mucha gente por ese aparato?

—Muy poca. Unos cuantos íntimos nada más. Cuando estoy en mi casa, me gusta descansar del constante ajeteo de la oficina y por eso no quise que mi teléfono particular figurase en la guía.

—¡Ya! ¿Cuántas llamadas harán diariamente por su teléfono particular?

—¡Qué sé yo! Sólo vengo por aquí a las horas de las comidas. Estoy muy ocupado el resto del día.

—A usted, concretamente, ¿le telefonean mucho aquí?

—Apenas.

—¿Y a su mujer? ¿Con frecuencia?

—Lo ignoro. Supongo que no. Ya le he dicho que sólo conocen este teléfono unos cuantos íntimos.

—Y en esta ocasión, ¿dio su nombre el comunicante?

—Pues, sí. Y ahora que caigo...

—¿Intimo de la casa, también?

—¡No, no! Le iba a decir eso precisamente. Que la persona que telefoneó en esta ocasión, sólo era un conocido superficial. Yo no lo recordaba y mi mujer me refrescó la memoria. Se trataba de cierto individuo que nos fue presentado en casa de unos amigos, los señores Pickman. Por lo visto, el hombre mostró sumo interés en que mi mujer y yo acudiésemos a no sé qué fiesta que proyectaba organizar en su finca de Nevark, y Sally, para quitárselo de encima, le dio nuestro teléfono, con el pensamiento de excusarse más tarde cuando llamase. Así me lo explicó antes de marchar a la cabina en donde estuvo conversando con él en los términos que ya le he dicho. Cuando colgó el aparato, debió producirse el disparo que yo oí.

—¿Prestaba usted atención a la conversación que mantenía su esposa?

—Sí. Mi mujer dejó abierta la puerta de la cabina y aunque yo estaba de espaldas, la oía claramente.

—¿Y cuál es el nombre de ese señor? ¿Lo recuerda?

—Perfectamente: William Seton, pero Mary lo anunció por el diminutivo Bill. Bill Seton, dijo, y aquella forma de anunciarse me extrañó.

El teniente adelantó el rostro hacia su interlocutor, mirándole fijamente:

—¿Está seguro de que dio ese nombre?

—¡Claro que lo estoy! Lo insólito del caso hizo que me fijase muy bien en las palabras de la doncella. Recuerdo que dijo textualmente: «Señora, le llama al teléfono el señor Seton». Y como mi mujer no comprendiese bien, añadió: «Ha dicho de parte de Bill Seton». Entonces fue cuando Sally cayó en la cuenta de quién podría ser.

El teniente Stone desvió sus ojos para fijarlos en el rostro del sargento Dixon, que en aquel momento se ofrecía expectante, con la boca entreabierta. Bruscamente, la cerró y entornó los párpados con gesto, por lo visto, significativo, porque su jefe volvió a dirigirse al señor Bradley, mientras él se separaba de ambos personajes y abría la puerta de corredera, saliendo de la estancia.

CAPÍTULO V

Bill Seton abandonó el coche en uno de los estacionamientos de la Octava Avenida y avanzó a pie, por la acera, hasta ganar la esquina de la 41, que dobló, enfilando la calle, que a aquella hora se ofrecía bastante escasa de tráfico.

Alzó la cabeza y localizó el número del edificio que destacaba en el rótulo de una droguería: 276. El 282 sería el tercero a partir de allí y debería corresponder a la casa situada frente al «Dixie». Por cierto, que en el trozo de acera correspondiente al edificio se agrupaba la gente, viéndose junto al bordillo dos coches parados, sin duda de la policía.

¿Qué diablos ocurriría?

Apretó el paso y pronto se encontró entre los desocupados que cambiaban impresiones.

—¿Qué ha pasado?

—No sé —le sonrió un pelirrojo—. Por lo visto ha ocurrido algo en algún departamento de la casa. La policía está dentro.

—¡Hola, Bill!

Giró la cabeza y se encontró con la sonrisa de Thomas Rollins, viejo amigo y compañero de trabajo, cuando Seton figuraba también como miembro de la Brigada de Homicidios, a las órdenes del teniente Stone.

Tom, que salía del portal, se aproximó a Bill, poniendo una mano en su hombro.

—¿Cómo por aquí?

—Pasaba por la calle. ¿Qué ha ocurrido?

—Han matado a una mujer. Una tal señora Bradley.

—¿Y cómo ha sido?

Tom rió, como si se tratase de algo muy chusco. Por último,

aclaró:

—Por teléfono. Cada día se ven cosas nuevas. El asesino emplazó una pistola, bien oculta bajo el aparato, con un mecanismo que conectaba con el gancho del auricular. Llamó a la mujer desde afuera y cuando la infeliz colgó, se disparó el arma, hiriéndola mortalmente en el vientre. ¿Qué te parece?

Seton, que se había inmovilizado con la cabeza baja, no respondió. Al final, alzó los ojos y los clavó en Tom, quien quedó sorprendido ante la súbita expresión de gravedad que había cobrado el rostro de su antiguo compañero.

—Me vas a hacer un favor —le dijo Bill—. ¿Estás libre de servicio esta noche?

—Supongo que sí. Ahora espero un coche de la Central. Acaban de informarnos de la aparición d otro fiambre, en Jersey City, y el teniente nos envía a Butler y a mí para allá.

—Muy bien. Esta noche te telefonearé a tu casa. Hasta entonces, no digas a nadie que me has visto por aquí. Es un favor que te pido.

—Pero ¿qué diablos te ocurre?

—Ya te lo explicaré esta noche. Parece que alguien intenta meterme en un lío muy gordo. ¿Puedo contar con tu ayuda?

—Pero...

Dixon reía. Una risa que se apreciaba maliciosa, intencionada.

—¿Puedo o no puedo? —le apremió Seton.

El aullido de una sirena cortó el diálogo y un coche de la policía frenó frente al edificio.

Tom asintió con la cabeza y se dispuso a manchar, en tanto que Bill Seton se volvía de espaldas al auto, para evitar que alguien más pudiese reconocerle.

—¡Descuida! —le oyó decir en tono confidencial a su amigo, que ya se alejaba de él.

Percibió el golpe de la portezuela y el ruido acelerado del motor, apagado pronto por la sirena de la alarma que sonó al arrancar el coche. Inmediatamente, giró sobre sus pasos, dispuesto a ausentarse cuanto antes de allí, cuando otra voz, esta bronca e inconfundible, sonó tras él.

—¡Caramba, Seton, qué casualidad!

El aludido se mordió los labios y trató de serenarse. Al volver la cabeza, la expresión de su rostro ya era la normal, como el tono de

la voz al saludar a Dixon:

—¡Hola, sargento! ¿Qué se hace por aquí?

—Trabajando, como siempre. ¡Qué cosas pasan a veces! En este preciso instante estaba pensando en usted y... ¡zas! Me lo tropiezo de manos a boca.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y por qué pensaba en mí, sargento? Dixon volvió a soltar la risa.

—¡Hombre, no sé! Tal vez porque sólo hace un momento que el teniente le nombraba. Está arriba.

—¿Quién? ¿El teniente?

—¡Claro! ¿Por qué no sube ahora conmigo y lo saluda? Le dará una alegría.

—Tal vez, sí —admitió. Y tras un corto titubeo, decidió—: Bueno, le acompañaré.

—¡Buen muchacho! ¡Así me gusta! —alabó el sargento, con una jovialidad que Seton juzgó más falsa que Judas.

Subieron en el ascensor y cuando llegaron a la planta quinta, echaron a andar por el amplio corredor, hasta el departamento señalado con la letra E. A la puerta hacía guardia un policía desconocido para Bill.

Penetraron en el vestíbulo, y a continuación, en un amplio salón, en donde se veía a tres hombres más.

—Aguarde aquí cómodamente hasta que le avise, Seton. Puede sentarse. —Se dirigió seguidamente; a uno de aquellos tipos y le dijo—: ¡Hola, Sim! No te muevas de aquí.

Debió de hacerle alguna seña significativa, porque el llamado Sim dedicó a Seton una severa mirada.

Seton se tomó el asunto con filosofía, y se acomodó en un sofá. Por un espejo que colgaba de la pared de enfrente sobre una consola de mármol, vio cómo el sargento abría una puerta de corredera y desaparecía del salón. «Lo que sea sonará», pensó Bill.

Sacó el paquete de cigarrillos y ofreció tabaco a los presentes.

—No, gracias —le dijeron.

Encendió la cerilla, y ya iba a aplicarla al pitillo, cuando se inmovilizó en el ademán, a tiempo que la sangre huía de sus mejillas.

Sobre la consola se veía un retrato de mujer, con marco de plata. Seton la conocía muy bien. Era la muchacha con quien proyectaba

casarse seis años atrás y que le traicionó canallescamente, hundiéndole en la desesperación: Sally Briant. La misma, sin duda, cuya voz había escuchado aun no hacía dos horas por teléfono y que tanto le soliviantó al no poderla identificar con la de la visitante de su despacho y juzgarla, al mismo tiempo, tan familiar. Por fin caía en la cuenta. Resultaba que aquella dama que tan extrañamente se había conducido con él por teléfono, era Sally, la olvidada muchacha que ahora, al cabo de todos aquellos largos años, reaparecía como señora Bradley y que alguien acababa de asesinar, usando de Seton como de una especie de agente ejecutor de su delito.

La cerilla, al consumirse, le sacó del estupor. La llama quemó su dedo y Seton sacudió la mano, a tiempo que se ponía en pie.

—¿Qué le pasa, amigo? —le preguntó Sim.

—Nada —rezongó Seton.

Más de media hora duró la inquietante espera.

Cuando finalmente volvió a abrirse la puerta de corredera y la maciza figura de Dixon se dibujó en el umbral, Bill Seton ya se había trazado un plan. Plan bastante vago y precario, como dadas las circunstancias, resultaba lógico suponer. Sólo en un punió veía bien claro cuál debería ser su línea de conducta: librarse a toda costa de los presumibles celos del teniente Seton, para verse libre de toda traba que pudiera obstaculizar su futura libertad de acción encaminada a romper la tela de araña que alguien parecía tejer en las sombras con el indudable designio de envolverle. Lo malo era que ignoraba por completo los datos que en aquel instante podrían obrar en poder del teniente. Tendría que actuar con la mayor sangre fría y cautela.

—Pase usted, Seton.

Al penetrar en el gabinete despacho, Stone, que aparecía de pie, inmovilizado en el extremo de la izquierda, inclinó la cabeza saludándole, a tiempo que sonreía irónicamente.

Perdone que le haya hecho esperar tanto, Seton —le dijo—, pero en nuestro oficio la obligación es antes que la devoción. El sargento sabía que yo tenía mucho interés en verlo, y por eso, al sorprenderle casualmente en la calle, le invitó a subir. ¿Qué tal le van a usted los negocios?

—Muy bien. No puedo quejarme.

—Lo creo. Usted ha resultado un chico bastante más listo que nosotros. Comprendió enseguida que como policía profesional nunca nadaría en la abundancia, y se estableció por su cuenta; Lo malo es que en sus nuevos trabajos hay que tener la manga mucho más ancha y que, en ocasiones, se corre el peligro de resbalar y romperse las narices.

—No creo que yo tenga que resbalar, teniente. Mis asuntos son muy limpios.

—Lo celebro. Pero siéntese y charlemos un rato.

El sargento, que había cerrado la puerta, avanzó hacia los dos hombres y se inmovilizó de pie, en tanto que aquéllos se acomodaban en sendos sillones de la biblioteca, frente a frente.

—¿Dónde lo encontró usted, Dixon?

Desde que se había encarado con él, Stone hacía gala de una amabilidad y despreocupación que Seton conocía muy bien, y que no presagiaba nada bueno. Al teniente, como al gato, le gustaba jugar con sus víctimas antes de devorarlas.

Ahora había girado la cabeza y contemplaba sonriente a su subordinado, en espera de la respuesta.

—El amigo Seton se encontraba en el mismo portal de la calle. En aquel instante se disponía a marchar.

—¿Pasaba usted por aquí *casualmente*, Seton? —indagó el teniente, sin apear la sonrisa.

—Pasaba *deliberadamente*. ¿Es esto lo que le interesa saber?

Stone rió por toda respuesta, como si lo oído fuese un chiste muy gracioso. Después, le dijo:

—Disculpe mi curiosidad. ¿Ya dónde se dirigía usted *deliberadamente*?

—A esta casa.

—¡Vaya! ¿Finalidad?

—Me interesaba comprobar ciertos extremos sobre una tal señora Bradley.

—¿Los comprobó?

—No comprobó nada, porque al llegar al portal, me sorprendió la noticia de que esa señora había muerto.

—¿No lo esperaba?

—¡En absoluto, teniente! Por eso precisamente me marchaba. Me sentía muy desconcertado y quería reflexionar bien, antes de dar

otro paso.

—¿En falso? —se burló el teniente.

—¡O derecho! Creo que si me dejase explicar las cosas libremente, nos ahorraríamos un tiempo precioso.

—Tal vez. Comience.

Seton procuró sujetarse los nervios e informó a su interlocutor de cuanto sabía, pero introduciendo en su relato ciertas modificaciones sobre algunos extremos que, a su juicio, nada podían aclarar y sí solo perjudicarle. Con tal propósito, presentó a la visitante de su despacho como a una mujer celosa de su esposo George Bradley, a quien deseaba que Seton vigilase, y ocultó el efecto que la voz de la desconocida provocó en su ánimo en el curso de la fatídica charla telefónica, como asimismo la subsiguiente identificación de la enigmática dama con su antigua prometida. Como es lógico, también fingió ignorancia completa sobre la forma en que se había cometido el asesinato, y terminó diciendo:

—En fin, que intrigado por el extraño desarrollo de mi charla telefónica con aquella señora Bradley, que juzgué distinta a la que vino a verme a mi despacho y con la que esta misma mañana hablé también por teléfono, vine aquí, y cuando en la calle me enteré de que acababan de matarla, no supe qué pensar. Y esto es cuanto puedo contarle del asunto, teniente.

Guardó silencio y Stone le contempló por breves segundos, ahora con seriedad. De súbito, el teniente se alzó del asiento para coger un envoltorio de una mesita. Volvió junto a Seton y lo deslió, mostrándole el contenido.

—¿Conoce esto?

Se trataba de una pequeña pistola pavonada, que llevaba adherida a su culata un extraño mecanismo, sin duda el arma homicida de que le había hablado Rollins.

—Nunca vi ese extraño cacharro.

—¿Usted no estuvo en Alemania?

—Sí. Un año, hasta que me licenciaron. ¿Por qué lo pregunta?

—Esta pistola es alemana. Aquí, en América, no la vende ninguna casa.

Seton se alzó con violencia del asiento.

—Oiga, teniente, ¿por qué no se deja de insinuaciones y habla sin rodeos? Yo ya me he explicado con toda claridad. Nada tengo

que temer y no creo que usted pueda tener derecho a...

—Cálmese, amigo —le atajó Stone—. Temo no sorprenderle, pero le complaceré.

El teniente le informó detalladamente del modo cómo se había cometido el delito, y Bill Seton representó el papel del ignorante que se asombra ante la inesperada revelación. Declaró que por fin se hacía cargo de la extraña actitud del teniente. Actitud que, a su juicio, era completamente injustificada, ya que, como saltaba a la vista, él sólo había actuado de instrumento inconsciente en manos de la misteriosa mujer que le visitó en su despacho o del oculto personaje que la envió allí. Al terminar, Stone le dijo:

—Todo eso que explica me suena a demonios. ¿Por qué el asesino se va a fijar precisamente en usted, para que sea el que provoque la tragedia?

—¡Y qué puedo decirle yo! Sé tanto como usted.

—Quizá más. Usted, Seton, desde que salió de la policía, se ha convertido en un tipo sin escrúpulos, que sólo busca la ganancia sin reparar en los medios.

—Olvida, teniente, que mi licencia está en regla y que jamás ha podido demostrarse que intervenga en nada ilegal. Me limito a trabajar en mi oficio y a servir con lealtad a mis clientes.

—¿A clientes tan distinguidos como Burt O'Connor?

El teniente aludía al dueño del «Club Vanities», un popularísimo personaje del ambiente nocturno neoyorquino, acreditada ave de presa, según se rumoreaba, por quien Seton trabajó tiempo atrás a fin de resolver cierto lío que el hombre tuvo con una corista.

—En aquella ocasión el asunto era completamente legal. No estoy obligado a juzgar a mis clientes, sino a lo que éstos me proponen.

—¡Ya!

—He dicho cuanto tenía que decir. ¿Me necesita para algo más, teniente?

—Sí. Haga el favor de aguardar todavía un momento.

Stone hizo una seña al sargento y éste salió de la estancia para regresar al cabo de unos segundos acompañado de un caballero de pelo casi blanco, que el teniente presentó como el señor Bradley.

—¿Se conocen ustedes?

—No tengo ese gusto —dijo Seton.

—¿Y usted, señor Bradley?

—Pues... no recuerdo.

—¿No le presentaron al señor Seton en casa de sus amigos los señores Pickman?

—¡Ah! ¿Pero es el señor Seton? —preguntó George Bradley, abriendo los ojos.

—El mismo. ¿Lo recuerda ahora?

—Pues la verdad es que soy muy mal fisonomista y que debí saludarle distraídamente, porque no estoy muy seguro de que sea el mismo que...

—¡No lo soy! —Denegó Bill—. Ni conozco a esos señores Pickman, ni a usted lo vi hasta ahora.

—Pronto saldremos de dudas —intervino Stone—. El propio señor Pickman nos aclarará el asunto. Le hemos citado aquí, y ya no puede tardar. Ahora dígame, Seton, ¿de qué conocía usted a la víctima?

—Yo no le he dicho tal cosa. No la conocía de nada.

—Por lo menos, debe reconocer que ella sí le conocía a usted. Acudió al teléfono en cuanto oyó su nombre, y después le estuvo hablando con naturalidad.

—Aparentemente, no lo olvide. Ya le he dicho que ella se dedicó a hablarme de cosas que no guardaban la menor relación con el objeto de mi llamada. Representó una absurda comedia, como si tratase de disimular ante alguien que pudiera estar atento a lo que decía por el teléfono. Reconozco, desde luego, que me habló de los señores Pickman, dando por sentado que habíamos charlado en casa de ellos no sé qué cosas. También mencionó a un tal Delanney como común amigo de ambos. En fin, una serie de desatinos que me tenían con la boca abierta.

—El señor Delanney —aclaró George Bradley— es un vecino nuestro. Ocupa un departamento de esta misma planta.

—Bueno. Esperemos a ver lo que opina de todo esto el señor Pickman —se resignó el teniente—. Entretanto, eche un vistazo a esa fotografía de la señora Bradley y cerciórese de que no la conoce de nada.

El nuevo retrato, con marco de cuero, se alzaba sobre la repisa de la pequeña chimenea de la biblioteca. Seton avanzó hacia la

chimenea y contempló el inconfundible rostro de Sally Briant con fingida perplejidad.

—No recuerdo haber visto jamás esta cara —declaró.

Minutos más tarde, se presentaba en el lugar de autos el requerido señor Pickman, un grueso caballero de rostro sanguíneo.

El teniente le enteró de Jo que de él se esperaba y el recién llegado fijó sus ojos en Seton con manifiesta expresión de extrañeza.

—Este señor jamás ha estado en mi domicilio. Es la primera vez que lo veo.

—¡Permítame! —intervino Stone—. Según el señor Bradley, su mujer identificó a este hombre con un tal señor Seton que, en casa de usted, les invitó a cierta fiesta que proyectaba organizar en su residencia de Nevark.

—¡Ah! —exclamó el señor Pickman—. Ahora caigo. La señora Bradley debió referirse a otro, un viejo amigo mío de Nevark, de paso en Nueva York, que, en efecto, los invitó a pasar un fin de semana en su finca campestre. Pero no se apellida Seton, sino Vernon, James Vernon. Por cierto, que hace días que no le veo, y me extraña que haya regresado a Nevark sin despedirse.

El teniente Stone expelió aire con fuerza, a tiempo que clavaba sus ojos en el desconcertado George Bradley, quien al final balbució:

—Quizá, ante la semejanza de apellidos, mi mujer sufriese una confusión.

—Tal vez —admitió Stone, por pura fórmula.

Seguidamente, el teniente procedió a interrogar al recién llegado sobre los extremos que juzgó pertinentes. Cuando se marchó el señor Pickman, se encaró con Seton para que éste le proporcionase cuantos datos recordase sobre la misteriosa visitante de su despacho, Kate Wood.

Bill Seton la describió lo mejor que pudo, y al terminar, preguntó si ya podría marcharse.

—Sí. Pero procure no ausentarse de Nueva York. Quizá tenga que interrogarle de nuevo.

—Me encontrará en mi despacho.

—Muy bien.

Se ausentó Seton, y el teniente se dirigió al dueño del departamento, diciéndole.

—Nos gustaría hacer un registro de la casa. Si usted se opone, tendremos que recabar la autorización fiscal. ¿La solicitamos?

—Si ustedes juzgan necesaria la medida, no tengo por qué oponerme.

—Gracias, señor Bradley. Podríamos empezar por las habitaciones de su esposa.

—Perfectamente.

Stone hizo entrar a dos subordinados, y estuvo conversando con ellos, dándoles las oportunas instrucciones. Acto seguido, los dos policías se ausentaron, acompañados por el señor Bradley que deseaba presenciar el registro.

—¡Al diablo con este maldito enredo! —estalló el teniente, una vez a solas con el sargento—. Sospecho de todo el mundo y de nadie en concreto. ¿Qué le parece, Dixon?

—Creo que la propia víctima andaba metida en algún juego sucio. No hay duda de que mintió al marido, informándole falsamente sobre la personalidad del comunicante.

—¿Y no se le ha ocurrido pensar que el embustero pueda ser el propio marido?

—También. Y de la intervención de Seton, ¿qué me dice, teniente? La historia que nos ha contado es muy extraña.

—Sí, pero la declaración de ese Pickman parece confirmarla. Ya veremos.

El diálogo se cortó en éste punió al abrirse la puerta lateral, para dar paso a una doncella, que se detuvo a pocos pasos del umbral. El teniente le dirigió una mirada interrogativa, y la chica explicó que había sonado el timbre del teléfono instalado en la cocina.

—No se preocupe. Ya cogeremos nosotros el recado.

Salió la muchacha, y Stone se adentró en la cabina, descolgando el auricular.

—Diga.

—Le habla Rollins, teniente.

—¿Qué hay de nuevo, Rollins?

—Butler y yo ya hemos dado por terminadas las diligencias y, en este momento, se llevan el cadáver al depósito. Se trata de un hombre al que, según el forense, mataron de un golpe en el cráneo hará unos dos días, abandonándolo después en una especie de descampado cerca de Kisená.

—¿Han podido identificarlo?

—Sí. Ha resultado ser un industrial de Nevark llamado James Vernon.

El teniente emitió un prolongado silbido, a guisa de comentario, y Rollins preguntó:

—¿Pasa algo, teniente?

—Vengan ustedes dos para acá enseguida. Y colgó el auricular.

CAPÍTULO VI

Seton tenía que actuar con la máxima celeridad, ganando un tiempo precioso, antes de que la tormenta que se cernía sobre su cabeza estallase clamorosamente. Ignoraba los peligros concretos que le amenazaban, pero no cabía duda de que el aire estaba cuajado de funestos presagios. Resultaba pueril suponer que el papel que el misterioso personaje organizador del embrollo, le había asignado a él en el reparto, se redujese al de mero agente ejecutor de su delito. ¡No, no! En aquella sangrienta intriga, el misterioso sujeto se había fijado en Seton para que desempeñase un «rol» mucho más brillante, como a no dudar pondrían de relieve acontecimientos venideros. El que lo maquinó todo no debería ignorar las antiguas relaciones que Seton había sostenido con la víctima. Precisamente ése debió ser el motivo de que fijase sus ojos en él y no en otra persona, provocando su calculada y oportuna entrada en escena. ¿Con qué concretos designios? Seton no podía precisarlos, pero sí intuirlos. Un extremo se le aparecía bastante claro. Tal vez el autor del premeditado asesinato trataba de encubrir su delito, usando de Seton como de cebo propicio a la voracidad de la justicia. Un cebo que, a no dudar, Stone mordería encantado. Un nuevo dato que, muy posiblemente, también obraría en su poder, estando informado de la manifiesta inquina que el teniente sentía por su antiguo subordinado.

¿Qué ocurriría cuando Stone supiese que la víctima había estado prometida años atrás con Bill Seton? Con aquella baza en sus manos, el teniente no dudaría en lanzarse como perro rabioso tras la codiciada presa.

He aquí la razón precisa de que Bill silenciase el hecho. Esperaba, cuando la noticia llegase a oídos del teniente, estar en

situación de disipar todos los recelos. Lo malo era que Stone quedaría muy pronto informado de aquel extremo, ya que el enigmático personaje que actuaba en la sombra sería el primer interesado en provocar la circunstancia, y entonces, si Seton no conseguía aclarar debidamente el embrollo, su postura se revelaría comprometidísima.

Lamentaba haber dicho al teniente que no conocía a la víctima, al mismo tiempo que estimaba inexcusable tal proceder. De haberse franqueado con él, ahora no estaría rodando libremente con su coche por la Octava Avenida. Seguro. Pero ¡al diablo con todo! Tenía que pensar con frialdad y actuar sin demoras, desechando de su ánimo todas las demás preocupaciones marginales.

Por lo pronto, iría a su despacho para repasar el fichero de los clientes enviados por Aleck. Aquella Kate Wood le dije que la mandaba

«Mackar's»,

sin que el hecho fuese cierto, lo que probaba que el autor del enredo sabía que de allí le venían a él ciertos asuntos. Tal vez...

Cuando penetró en la oficina, acababan de subir la correspondencia, y Dy la estalla repasando. Al verle, suspendió la tarea y le dijo:

—Betty acaba de marcharse. Ha estado esperándole lo menos media hora. Dice...

—¡Al cuerno con Betty! —interrumpió Seton, con acritud—. Dame enseguida las fichas de los clientes de «Mackar's».

La chica se inmovilizó con los ojos muy abiertos. Verdad era que su jefe se conducía a veces con cierta brusquedad, pero en aquella ocasión, su gesto borrascoso presagiaba algo fuera de lo corriente.

—¡Vamos! ¿Qué haces ahí parada?

Dy reaccionó con viveza, y sin despegar los labios —cosa rara en ella—, se dirigió al mueble y abrió un cajón, mientras Seton entraba en su despacho.

A los pocos segundos, Dy hacía acto de presencia con Jo solicitado.

Seton cogió las fichas y se volvió groseramente de espaldas. En otra ocasión cualquiera, Dy se hubiese enfurecido ante tan desconcertante actitud. Entonces se limitó a decir:

—Entre las cartas hay una que dice «urgente y personal». ¿Se la entro?

—Ábrela tú misma. Te morirías de curiosidad si no supieses lo que dice.

El sarcasmo la enfureció finalmente, y salió del despacho cerrando la puerta sin mucha delicadeza. Pero Salón no estaba entonces para reparar en ciertos detalles. Se sentó ante la mesa y se dedicó a repasar las fichas, con la esperanza de tropezarse con algún nombre revelador que pudiera servirle de pista.

Llevaría unos cinco minutos embebido en la tarea, cuando volvió a abrirse la puerta y reapareció Dy. La muchacha, que daba muestras de acaloramiento, avanzó como una flecha hasta situarse al otro lado de la mesa frente a su jefe, y le tendió un papel.

—¡Lea usted eso, Seton!

—¿Qué pasa?

—Léalo, por favor.

Se trataba de una vulgar cuartilla escrita a máquina. Unas cuantas líneas que decían así:

«Ocúltese cuanto antes y si puede marche de Nueva York. Pronto le buscará la policía como autor de doble asesinato en las personas de la señora Bradley y de un tal lames Vernon. Todas las pruebas le acusarán y su única salvación está en la huida. Siga el consejo de...»

«Un amigo».

Terminada la lectura, Seton alzó los ojos y contempló a Dy, que se había inmovilizado expectante.

—¿Quién diablos ha traído este papel?

—Estaba abajo, en el buzón de la correspondencia. Venía sin franqueo y alguien que pasó por la calle lo debió depositar. Éste es el sobre.

Seton lo cogió y se dedicó a examinarlo en silencio. Aparecía escrito por la misma máquina que se había empleado para el anónimo, y nada extraordinario se observaba en él.

—¡Maldita sea!

Arrojó el sobre al suelo y se alzó del sillón nerviosamente.

—¿Qué significa esto? —preguntó Dy.

—Algo absurdo, endiablado. ¿Crees tú que yo haya podido matar a dos personas como dice ese papel?

—¡No! —Denegó la muchacha, alzando la cabeza y agitando su pelo, con los ojos brillantes.

—¡No sabes cuánto te lo agradezco, Dy! —suspiró Seton ante aquella inesperada y espontánea afirmación de fe en él—. Alguien trata de perderme y confieso que estoy un poco asustado. ¿Recuerdas a la mujer que hace días vino a verme y que decía llamarse señora Bradley?

—Sí.

—Pues entonces empezó todo el lío. Resulta...

Seton se explicó ante Dy ampliamente. El anónimo le había alarmado profundamente, confirmando y acrecentando sus temores al mismo tiempo. La cabeza le daba vueltas y necesitaba desahogarse de algún modo. ¿Con quién mejor que con aquella muchacha que él había sacado del arroyo, que se había convertido en su auxiliar valiosísimo y que —ahora se daba cuenta— confiaba ciegamente en él?

Dy lo escuchaba con las cejas fruncidas. Cuando Seton cesó de hablar, preguntó:

—¿Y de quién sospecha usted?

—No lo sé. Me faltan datos, y por otra parte... Esta noche hablaré con Rollins. Él puede informarme.

—¿No le jugará una mala faena? Al fin y al cabo, es policía y...

—Rollins es amigo mío y me conoce. Sabe que soy incapaz de manchar mis manos de sangre y me ayudará. Ahora tengo que salir de aquí inmediatamente, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Teme que se cumpla lo que dice el papel?

—Claro. No hay duda de que el anónimo lo ha enviado el mismo autor del enredo, con el sano designio de provocar en mí el pánico y hacerme huir, presentándose a la policía como el verdadero culpable. No obstante, le seguiré el juego. Ya lo he apostado todo a esa carta, ocultando que conocía a la víctima.

—¿Y quién es la otra víctima, ese James Vernon?

—Lo ignoro. Lo malo es que no podré actuar a ciegas, sin un conocimiento más amplio de la situación, y que en este momento...

¿Puedo contar contigo, Dy?

—¡Claro que sí! Usted ya me ayudó a mí en otra ocasión, y además... no quisiera perder mi empleo.

—¡Buena chica! —exclamó Seton, acariciándole la barbilla.

Conversaron durante un cuarto de hora más, hasta llegar a un completo acuerdo, y al final, Seton marchó a la calle.

Diez minutos más tarde, sonaba el timbre del teléfono y Dy asía el auricular.

—¿Está Seton?

—¿De parte de quién?

—El sargento Dixon.

—No, no está. Se fue hace un momento.

—¿Sabe a dónde?

—No dijo nada.

—¿Cuándo volverá?

—Pues tampoco lo sé. ¿Quería usted algo?

—Hablar con él. Si le ve, dígame que telefonee a la Central.

—Así lo haré. ¿Algo más?

—No, nada más. Buenas tardes.

—Buenas tardes, sargento.

CAPÍTULO VII

El endiablado ajeteo de la jornada fue de los que sirven para poner a prueba los nervios más templados. Aquella tarde, los del teniente Stone, sometidos a una continua tensión, estuvieron varias veces a punto de estallar. La cosa no era para menos. Desde que se personó en el departamento de los señores Bradley, hasta que, a las ocho y media de la noche, entró en su despacho de la Central, toda una serie de acontecimientos sorprendentes se fueron encadenando a ritmo vertiginoso, enturbiando las aguas hasta un grado indecible. Por fortuna, al final de la angustiosa jornada, el panorama se había aclarado, perfilándose con precisión los distintos y desconcertantes detalles que ahora ya prestaban armonía al conjunto.

En principio, el asesinato de la señora Bradley, mejor dicho, el peregrino procedimiento que el ignorado asesino había ideado para deshacerse de ella, daba mucho que pensar y se prestaba a un sinfín de cábalas y deducciones.

Había que suponer lógicamente que el asesino no podía ser un extraño de la casa. La colocación del arma mortífera en la cabina y sobre todo, el cuidadoso control de cuantas circunstancias se revelaban necesarias para que el artilugio no se disparase caprichosamente sobre otra persona distinta de la elegida — resultaba absurdo suponer que se hubiese preparado aquella trampa mortal para asesinar al primero que telefonease—, demostraban que el autor del delito estaba perfectamente familiarizado con el departamento y con sus moradores. Aún más, que gozaba de la suficiente libertad de acción dentro de la casa para poder disponer de modo conveniente los múltiples detalles.

Admitida esto, las primeras sospechas del teniente tenían que recaer forzosamente sobre las personas que convivían con la

víctima, y por extensión, sobre aquellas otras que pudieran tener fácil acceso al departamento.

Cuatro sospechosos se le ofrecían en principio, las mismas cuatro personas que vivían allí: la cocinera, el chofer, la doncella y el esposo, George Bradley. Ahora bien, la cocinera y el chofer dormían fuera y sólo estaban en la casa a las horas de las comidas. Quedaba, pues, claro, que sólo la doncella y el marido gozaban de la amplia libertad de movimientos necesaria para perpetrar el asesinato tal como se había hecho.

La total ignorancia que se tenía sobre los móviles que hubiesen podido inducir al asesino a cometer su delito, hizo al teniente valorar las circunstancias materiales de tiempo y lugar para juzgar la posible culpabilidad de cada uno de estos dos sospechosos.

En la doncella concurrían circunstancias muy significativas: era la encargada de acudir al teléfono para hacerse cargo de las llamadas y transmitir los recados. O sea, el personaje ideal para conectar y desconectar el arma asesina con el gancho del auricular en el momento más conveniente. Además, se puso en claro que aquella misma mañana la chica quedó sola en el departamento durante más de una hora, entre once y cuarto y doce y media, sin que, según su primera declaración, se hubiese ausentado de él.

También las circunstancias de tiempo y lugar acusaban al señor Bradley. Llegó a la casa con el chófer, procedente de la oficina, a la una menos veinte y se recluyó en el gabinete despacho, en donde estuvo a solas por espacio de unos diez minutos, hasta que la esposa entró en la estancia para hacerle compañía, en espera de la hora del almuerzo.

Éstos eran los dos personajes que centraban la atención del teniente, cuando de súbito y del modo más inesperado, irrumpió en escena Bill Seton. A partir de aquí, los acontecimientos empezaron a cobrar derivaciones insospechadas, originándose un verdadero laberinto que cada vez se complicaba más.

Su antiguo subordinado resultó ser el sujeto que provocó la catástrofe telefoneando a la víctima. Agente inconsciente de un delito que había preparado otro, según intentó demostrarle.

No había duda de que la peregrina explicación se prestaba a curiosas consideraciones respecto al significado de la curiosa farsa representada por la víctima cuando le telefoneaba.

La declaración del señor Pickman y la posterior del aludido señor Delaney, negando que él hubiese hablado de Seton a la víctima, como de un común amigo de ambos, vino a confirmar las manifestaciones de su antiguo subordinado. Por otra parte, las circunstancias materiales en que se cometió el delito no daban lugar a recelar una intervención más directa de Seton en los hechos. Por eso lo dejó, entonces, marchar.

La atención de Stone seguía centrada en George Bradley, y más ahora, cuando a las circunstancias antedichas se unía un nuevo motivo de sospecha nacido de aquel juego intrigante de la víctima en su charla telefónica con Seton, juego que sólo podía tener como finalidad disimular ante el marido, cínico que la estaba escuchando. ¿Qué pretendería ocultarle? O dicho de otro modo, ¿qué imprudencia podía esperar el señor Bradley de su mujer? He aquí el extremo que entonces intrigaba al teniente y que motivó su deseo de que se registrasen las habitaciones de la víctima, con la esperanza de encontrar algo revelador que confirmase sospechas para encararse ventajosamente con el marido.

* * *

Así se ofrecía el panorama cuando sobrevino el nuevo golpe teatral al comunicarle Rollins por teléfono que el cadáver descubierto en las afueras de Jersey City, era el del personaje de que se sirvió la señora Bradley para urdir el embuste ante su marido: James Vernon, el amigo del señor Pickman.

Naturalmente, la extrañísima coincidencia confundió al teniente, despertando en su ánimo la viva sospecha de que los dos delitos pudieran estar ligados por algún oculto lazo.

Aguardó hasta la llegada de Rollins, y una vez enterado por este de todos los detalles del suceso, dejó al sargento en la casa y salió sin demora para el depósito.

Cuando llegó, ya le aguardaba el señor Pickman, que había sido avisado oportunamente.

Penetraron en una lóbrega sala del sótano, fría nave con el suelo de cemento. El funcionario reconoció al teniente y éste le dio el nombre de la nueva víctima.

—Hará unos diez minutos que ha ingresado —informó.

Los llevó al final de la nave, frente al muro que te ofrecía al espectador como un gigantesco fichero, con sus tres hileras de grandes cajones. Cogió por el asa uno de ellos, y tiró de él. Un cadáver apareció tendido en aquella especie de ataúd metálico, cubierto por un blanco lienzo.

El teniente descubrió su cara, mientras se dirigía, en muda invitación, a su acompañante.

—¿Lo reconoce?

El señor Pickman, visiblemente impresionado, fijó sus ojos en aquel rostro enjuto, de ojos semientornados, al que la muerte había impreso acentuada palidez.

—Sí, es mi amigo James Vernon.

—Bien. No hay duda, pues —resumió el teniente, cubriendo de nuevo el rostro del cadáver y empujando el gigantesco cajón, que se deslizó silenciosamente en su nicho hasta quedar cerrado, con un golpe sordo que provocó un involuntario estremecimiento en el señor Pickman.

Una vez fuera del depósito, Stone se dedicó a interrogar a su acompañante, tratando de informarse acerca de la nueva víctima.

El señor Pickman le enteró de todo lo que sabía. James Vernon era un viejo amigo suyo, establecido cinco años atrás en Nevark, como fabricante de calzado. Recientemente, había hecho el viaje a Nueva York por motivos de negocios, según le dio a entender, hospedándose en el «New Weston», un hotel de la Avenida Madison, a donde le telefoneó el mismo día de su llegada, o sea, justamente, seis fechas atrás.

—¿Conocía su amigo a los señores Bradley?

—Los presenté en mi casa en el curso...

—¡No, no! —le interrumpió el teniente—. Quiero decir si se conocían de antes.

—Que yo sepa, nunca se habían visto hasta entonces.

—¡Bien! Y dígame, señor Pickman, ¿podría informarme sobre las personas con quienes se haya podido relacionar estos días su amigo en Nueva York?

—Supongo que se entrevistaría con su representante en ésta, un tal Frederick Lowe, que tiene su despacho en Canal St., esquina al Bowery. Lo recuerdo, porque hará unos cuatro meses mi amigo James hizo otro viaje aquí y yo le acompañé. De la demás gente con

quien pudo relacionarse, no sé una palabra.

—Perfectamente.

El teniente anotó las señas del representante de la víctima y se despidió del señor Pickman, quedando en comunicarle las novedades que surgiesen.

Quince minutos más tarde, hablaba con el jefe de recepción del «New Weston». En efecto, en el registro de viajeros figuraba inscrito el nombre de James Vernon, llegado procedente de Nevark, el 9 de abril, o sea, seis días antes. Por cierto, que ya hacía dos fechas que faltaba del hotel.

—¡Ah! ¿Sí? —exclamó Stone, con fingida extrañeza—. ¿Y no les ha chocado la ausencia?

—Pues, no. El 13 de abril salió del hotel y por la noche nos telefoneó diciéndonos que se ausentaba de la ciudad y que a su regreso se haría cargo del equipaje, abonando la cuenta.

—¿Les dijo eso el 13 por la noche?

—Sí. Telefoneó de madrugada. Yo todavía estaba de servicio y la telefonista me transmitió el recado. El señor Vernon es cliente antiguo de la casa. Siempre que viene a Nueva York se hospeda aquí y por eso el hecho no nos produjo extrañeza.

—¿Recibía muchas visitas el señor Vernon?

—No creo, pero le telefoneaban bastante.

—¿Quiénes?

—Lo ignoro. Quizá la chica de la centralilla pueda informarle.

—Hablaré con ella. ¿Cuándo vio por última vez al señor Vernon?

—La misma tarde que salió para no volver.

—¿El trece? —Justo.

—¿Le acompañaba alguien?

—No. Iba solo. Lo recuerdo muy bien.

A continuación, el teniente Stone se dedicó a hablar con la chica de la centralilla, sin sacar gran provecho de la charla. Recordaba únicamente que el señor Vernon recibía recados telefónicos, pero los nombres de los comunicantes ya los había olvidado. ¡Era tanta la gente que continuamente le preguntaba por un huésped u otro! Sólo pudo proporcionarle el mismo nombre que ya le había comunicado el señor Pickman: Frederick Lowe, quien durante los dos últimos días había telefoneado repetidamente para saber si el

señor Vernon se encontraba ya de vuelta.

La entrevista con el representante del asesinado, sólo sirvió para desbrozar el camino que más tarde conduciría a encarrilar los pasos de la policía por un camino mucho más prometedor.

Cuando el teniente se dio a conocer y le informó del motivo de su visita, el señor Lowe pareció caer por fin en la cuenta de la extraña conducta que, según él, había observado su representado desde la última vez que lo viera.

—Figúrese —le dijo— que ayer estábamos citados a los tres con el gerente de los Almacenes Victory, a fin de poner la firma a un contrato de suministro por el que se interesaba extraordinariamente el señor Vernon. Por la mañana telefoneé al hotel, y me sorprendieron con la noticia de que mi representado se había ausentado temporalmente de Nueva York. «¡Qué raro que lo haya hecho sin avisarme!», pensé. Después discurrí que tal vez le hubiesen invitado inopinadamente a algún sitio, y no pensé más en el asunto. Estaba seguro de que antes de las tres de la tarde recibiría instrucciones suyas. Al no ocurrir esto, me alarmé. Llamé al hotel varias veces. El señor Vernon seguía ausente. Entonces solicité conferencia con su casa de Nevark, obteniendo el mismo resultado negativo. Naturalmente, procuré disimular para no provocar la alarma entre sus familiares, y decidí esperar otras veinticuatro horas. Al fin y al cabo, según me comunicaron del hotel, él mismo había anunciado su ausencia de Nueva York por unos días. Quizá se tratase de algo imprevisto y muy urgente. Pero nunca pensé que la cosa fuese tan grave.

—Pues lo es. A su representando lo asesinaron, con toda probabilidad, la misma noche del día que salió del hotel. Alguien lo llevó en coche por las afueras de Jersey City, ignoro si vivo o muerto. Lo indudable es que este alguien, aprovechándose de la soledad y obscuridad del paraje, arrastró su cadáver desde el auto hasta el lugar donde hoy ha sido descubierto. Las huellas y sedales son inequívocas.

—¡Qué desastre! —se lamentó el señor Lowe—. ¿Y se sabe algo del asesino?

—Nada. ¿Usted no sospecha de nadie?

—¡En absoluto! El señor Vernon no tenía enemigos ni...

—¿Con quién solía relacionarse aquí, en Nueva York?

—No lo sé. Nuestras relaciones eran puramente comerciales.

—Comercialmente me refiero —aclaró el teniente—. Usted debe conocer a su clientela.

—Sí, claro —admitió Lowe, con algún desconcierto—. Pero no creo...

—¿Podría proporcionarme una lista de clientes de la víctima con quienes ésta sostuviese trato personal?

—¡Desde luego!

Aquella lista fue la llave que abrió la puerta de las sorpresas. Seis nombres figuraban en ella, con sus respectivos domicilios y teléfonos.

Los cinco primeros individuos con quienes Stone se puso en contacto, nada positivo le aclararon. Tres de ellos ignoraban incluso que James Vernon estuviese en Nueva York, y los otros dos sólo le habían visto con anterioridad a su desaparición del hotel, sin que de sus informaciones surgiese el menor dato orientador.

Cuando a las seis y media de la tarde, el coche de la Central lo dejaba frente a una zapatería de la calle 24, el teniente se sentía desmoralizado. De ninguno de aquellos interrogatorios había surgido el rayo de luz que pudiese iluminar las posibles andanzas del asesinado a raíz de su última salida del hotel.

Ahora visitaba al último personaje de la lista, un tal Clark Boles, dueño de aquel lujoso establecimiento y lo hacía casi por rutina y sin muchas esperanzas.

El teniente se dio a conocer, e inmediatamente le hicieron pasar a un despacho del interior. A los pocos minutos, se presentaba en él un individuo de mediana edad, corpulento, que vestía de negro riguroso.

—¿El señor Boles?

—El mismo. ¿Qué deseaba usted, teniente?

—¿Es usted cliente de un fabricante de Nevark, llamado James Vernon?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Este señor ha sido asesinado. ¿Sabía usted que estaba actualmente en Nueva York?

—Pues, sí... ¿Dice usted que asesinado?

El zapatero contemplaba al teniente con visible estupor.

—Sí. Esta mañana ha sido descubierto su cadáver. ¿Vino a

visitarle el señor Vernon?

—¡No, no! —Reaccionó el hombre—. Sabía únicamente que se encontraba en Nueva York, porque anteanoche me lo tropecé casualmente en un club nocturno.

—¡Hola! —exclamó Stone, vivamente interesado—. ¿A qué hora, exactamente?

—A la una de la madrugada, poco más o menos.

—¿Dónde?

—En el «Vanities», un club de la 14. Había ido con mi esposa a casa de unos amigos, y al pasar frente al club, entramos para ver algún número del espectáculo. Allí estaba el señor Vernon. Ignoraba que hubiese venido a Nueva York y estuve unos momentos hablando con él.

—¿Está seguro de que fue anteanoche cuando se lo tropezó en el «Vanities»?

—Completamente. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque hasta ahora usted es la única persona que lo ha visto desde que por la tarde salió del hotel para no regresar ya. Aquella misma noche lo asesinaron. ¿Qué hacía el señor Vernon en el «Vanities»?

—Pues, divertirse. El hombre se sentía muy contento.

—¿Había bebido?

—No, no. Se sentaba en un palco, en compañía de una rubia muy vistosa. Mi mujer y yo ocupábamos una de las mesas de la pista. Nos vimos casi al mismo tiempo, y ambos nos alzamos, yendo al encuentro para saludarnos. Como ya le he dicho, el señor Vernon se mostraba muy alegre sin que, por otra parte, diese la impresión de estar bebido. La cosa no era para menos. Me explicó que hacía dos horas que acababa de ganar a la ruleta la bonita suma de treinta mil dólares.

—¿Le dijo dónde estuvo jugando?

—No, ni yo se lo pregunté. Me limité a felicitarle y a echar una ojeada a la dama que le esperaba en el palco, mientras le preguntaba maliciosamente si se disponía a celebrar debidamente el acontecimiento.

—¿Qué le respondió?

—Se echó a reír, y me dijo que estaba completamente equivocado. Se trataba, según él, de una distinguida señora que

había conocido días atrás en casa de unos amigos, y a quien casualmente se acababa de encontrar allí.

—¿Le explicó algo más?

—No; seguidamente nos despedimos y nos reintegramos a nuestras mesas respectivas. A la media hora, mi mujer y yo nos dispusimos a partir, y con un ademán me despedí del señor Vernon, que quedaba en el local en compañía de la dama.

—¿Cómo era esa señora?

—Bastante bonita, de unos treinta años, con una cabellera rubia muy llamativa, y muy bien vestida.

—¿Y le dijo el señor Vernon que se la habían presentado días atrás en casa de unos amigos?

—Sí; incluso recuerdo que mencionó el nombre de esos amigos; algo así como los señores Whitman.

—¿No diría Pickman?

—Es posible.

La descripción que le había hecho de la acompañante, acorde con las características físicas de la señora Bradley, y el detalle de la reciente presentación, coincidente con el dato suministrado por el señor Pickman, despertaron en el ánimo de Stone la viva sospecha de que ambas mujeres fuesen la misma dama. Por fortuna, llevaba en el bolsillo un retrato de la primera víctima. Lo sacó y sé lo mostró a su interlocutor.

—Vea a ver si recuerda a esta señora.

Clark Boles cogió la fotografía, y la contempló en silencio por breves instantes.

—Juraría que ésta es la mujer que acompañaba anteanoche al señor Vernon.

—¡Magnífico!

Montemos después, el teniente Stone hacía su entrada en el «Vanities Club», que media hora más tarde abriría sus puertas al público. Esta última circunstancia le fue favorable a Stone, pues el personal, salvo los músicos, estaba ya en sus puestos.

Recabó la presencia de Burt

O'Connor,

y el hombre se apresuró a salir de sus habitaciones privadas. El dueño del «Vanities» y el teniente se conocían de antiguo. Burt le saludó con extraordinaria amabilidad. Pura fórmula.

—¡Caramba! ¡Qué alegría verle por aquí, teniente! ¿Qué se le ofrece?

—Quisiera interrogar al personal que estaba de servicio anteanoche.

—¿Ocurre algo?

—Nada. Busco a cierta persona que, según parece, estuvo anteanoche aquí, y me gustaría comprobarlo.

—Muy bien. Ya sabe que me tiene a su disposición —sonrió Burt O'Connor.

—Gracias.

Burt dio las oportunas instrucciones, y momentos después Stone se reunía en el centro de la pista con un grupo de empleados del «Vanities». Burt

O'Connor

se había sentado estratégicamente en una de las mesas, y asistía sonriente al espectáculo, fumando un cigarrillo. Le dijo:

—Oiga, teniente, si desea interrogar también a algún músico, tendrá que aguardar una media hora hasta que lleguen.

—No se preocupe. Ya es bastante.

Sacó del bolsillo la fotografía de la señora Bradley, y se dirigió a los presentes, diciéndoles:

—Esta señora del retrato estuvo aquí anteanoche, en compañía de un caballero.

¿Quién de ustedes la recuerda?

Circuló el retrato de mano en mano, y cuatro personajes de los convocados declararon haberla visto: la encargada de los lavabos, la del guardarropa, un camarero y el portero. Este último la recordaba perfectamente. Según explicó, entró en el «Vanities» sobre las doce y media, acompañada de un caballero de unos treinta y cinco años, que vestía un traje gris oscuro.

Al teniente le desconcertó la noticia. El acompañante a que aludía el portero no podía ser James Vernon, ya que éste era hombre que pasaría de los cincuenta y que, además, aquella noche llevaba un traje marrón a rayas.

El equívoco se aclaró prestamente, cuando el camarero del palco en donde estuvo la señora Bradley, informó que él no sirvió a ningún caballero de gris, sino a otro señor ya maduro, que vestía de marrón. Éste era el hombre que acompañaba a la dama. Lo

describió a continuación más detalladamente, y al teniente no le cupo duda sobre su identidad. Entonces, el portero arguyó que estaba seguro de lo que decía, aunque no dudase del testimonio del camarero. Lo que ocurrió fue que la señora Bradley entró en el «Vanities» del brazo de un joven vestido de gris, y después salió con otro.

—¿Con quién?

—Con ese caballero de marrón. Lo recuerdo muy bien. El joven con quien entró la señora salió del local solo. Una hora después lo hacía la señora, acompañada ahora del otro hombre. Por lo visto, el joven y la señora debieron separarse una vez dentro del local al ver al otro caballero.

—¿A qué hora los vio usted salir?

—Serían las dos y media. Creo que subieron a un coche que aguardaba.

—¿Particular o alquilado?

—No me fijé muy bien.

La curiosa apreciación del portero quedó confirmada por la chica del guardarropa.

También ella se acordaba del joven de gris que acompañaba a la dama, y del otro con quien salió.

Por último, declaró la encargada de los lavabos. Dijo que pasada la una, un hombre llamó por teléfono preguntando por la señora Bradley, una dama que se sentaba en el palco número doce. Ella transmitió el recado al camarero y, al poco rato, la señora entró en la cabina, en donde sostuvo una corta charla con el desconocido.

El teniente recabó del camarero la confirmación de este dato, y el hombre asintió.

—¿Qué nombre dio el comunicante?

—Ninguno —respondió la encargada—. Me dijo que la señora ya esperaba su llamada.

A partir de aquí, ya no consiguió Stone poner de relieve nuevos detalles, y sí solo confirmar los extremos declarados. En vista de ello, dio por concluida la tarea, y los congregados marcharon a sus puestos, en espera de la inminente apertura del local al público.

—¿Qué? ¿Averiguó, por fin, lo que le interesaba saber? —indagó Burt O'Connor

yendo a su encuentro.

—Todo, no —sonrió Stone.

En efecto, una pregunta le soliviantaba. ¿Dónde habría ganado aquella noche James Vernon los treinta mil dólares de que le habló Clark Boles, suma que debería llevar consigo en dinero contante y sonante, y de la que no se encontró rastro al registrar las ropas del cadáver? Sin duda, en alguno de los garitos de juego entre los múltiples que funcionaban clandestinamente en la ciudad. Lo malo era que nadie tendría interés en confesar a la policía que frecuentaba tan censurables lugares. Por otra parte, ¿no se sospechaba de Burt

O'Connor

como dueño efectivo de algunas de estas salas clandestinas?

Burt

O'Connor

contemplaba al teniente sin apagar la sonrisa entre amable y zumbona.

—Lo siento, teniente. ¡Lástima que no esté en mis manos resolverle el asunto que le preocupa! Ya sabe cómo le aprecio.

—Yo también le aprecio mucho, Burt —contestó Stone, mirándole fijamente, con una seriedad muy poco amistosa.

El dueño del «Vanities» rompió a reír, como si acabasen de explicarle un chiste graciosísimo. Al final, habló.

—Me alegro. ¿Y qué es lo que le preocupa ahora?

—Me gustaría saber dónde pudo ganar anteanoche, a la ruleta, treinta mil dólares un tal James Vernon, a quien después asesinaron. La codiciada suma voló. ¿No me podría orientar usted, Burt?

—¿Yo?... ¡Qué cosas más cómicas me dice usted, teniente!

—La última vez que se vio a ese James Vernon, fue aquí, en su local, horas antes de asesinarlo.

—En el «Vanities» entra quien quiere. Por algo es un local público. Por otra parte, sólo me gustan los asuntos limpios, y siempre repudí los turbios negocios de juego. A usted le consta.

—Oficialmente, sí —recalcó Stone con intención manifiesta, provocando una nueva carcajada en su interlocutor.

—No haga caso de las malas lenguas, teniente. Y, ahora, si me lo permite, vuelvo a la tarea. ¡No tiene idea del trabajo que da un

lugar de diversión como el «Vanities»!

—Lo supongo.

Cuando se vio en la acera, ascendió al coche, que aguardaba pegado al bordillo, sin despegar los labios.

—¿A dónde, teniente? —preguntó el chofer.

—A la Calle 41, otra vez.

CAPÍTULO VIII

El desarrollo de los últimos acontecimientos había puesto de relieve que el problema que al principio parecía insoluble, podría abocar a una pronta solución en cuanto se aclarasen debidamente algunos extremos. Bastaba hallarse en situación de poder responder a ciertas preguntas. Por ejemplo: ¿Dónde se encontraban los treinta mil dólares ganados aquella noche por Vernon? ¿Qué había sido de ellos? ¿Qué hacía en el «Vanities» la señora Bradley? ¿Quién era el primer individuo que la acompañaba?

¿El mismo que después la llamó por teléfono, u otro distinto? ¿Qué motivaría la conducta de la mujer entrando en el «Vanities» con un hombre que abandonó para salir con otro? ¿De quién era el coche que aguardaba a la puerta? ¿Sabría Burt

O'Connor

algo del asunto? ¿No sería él, precisamente, el organizador de todo aquel sangriento embrollo?...

Estas y otras interrogantes similares eran las que el teniente ansiaba ver respondidas cuanto antes.

Fue al entrar de nuevo en el departamento donde asesinaron a la señora Bradley, de regreso del «Vanities», cuando el nuevo e importantísimo hallazgo hecho en su ausencia proyectó viva luz sobre los inquietantes descubrimientos recientes. El sargento Dixon se lo mostró. Se trataba de una pequeña fotografía encontrada durante el registro, dentro de un secreter del gabinete de la víctima, entre diversos papeles de su pertenencia. La contemplación del inconfundible rostro de Bill Seton, arrancó de sus labios una incontenible exclamación. En el reverso de la fotografía se veía escrito, de su puño y letra.

«A mi amada Sally, con todo el amor de»

«Bill».

—¿Qué le parece, teniente?

—Que hemos dado en el clavo, Dixon.

He aquí la opinión que Stone formuló ante el sargento a la vista del hallazgo, opinión que, más tarde, fue afianzándose en su ánimo, a medida que iban surgiendo nuevos detalles reveladores en apoyo de sus vehementes sospechas.

Aquel retrato de Seton en poder de la señora Bradley, demostraba que ambos personajes se conocían, y de un modo muy íntimo, como ponía de relieve la dedicatoria. Eran amantes, sin duda.

Partiendo de este hecho, los recientes descubrimientos del «Vanities» cobraban redoblada significación. Podía pensarse que Seton fuese el individuo que aquella noche entró en el club nocturno con la señora Bradley. A la vista de James Vernon, a quien ella había conocido en casa de los señores Pickman, la señora Bradley se separaría bruscamente de su amante, a fin de no infundir maliciosas sospechas en el ánimo de Vernon, inventando a continuación cualquier excusa justificativa de encontrarse allí sin compañía. El desconocido que la telefoneó después sería probablemente Seton. El hombre pretendería informarse de la situación para obrar en consecuencia, y recabar instrucciones de su amante. La señora Bradley le diría que no juzgaba oportuno verle ya aquella noche, y que se retiraría a su casa, haciéndose acompañar por el amigo del esposo. Pero debió de aludir de algún modo a la sabrosa ganancia que su acompañante del palco acababa de obtener, detalle que en su natural euforia, no le omitiría Vernon. Aquella noticia debió despertar la codicia de Seton, quien juzgando las circunstancias favorables, armó la trampa.

A partir de aquí ya no conseguía el teniente engarzar los posibles hechos posteriores en un hilo tan lógico como hasta entonces.

Probablemente Seton se haría el contradicho con la ocasional pareja a su salida del «Vanities», forzando a la señora Bradley a presentarle a Vernon, o bien abordaría a éste al despedirse la dama

de su acompañante para reintegrarse a su domicilio. Tampoco olvidaba Stone la amistosa relación —ignoraba hasta qué grado de intimidad— mantenida entre su antiguo subordinado y Burt O'Connor,

propietario de aquel club y posible dueño del garito en donde Vernon se había alzado con la considerable ganancia. Lo que, desde luego, se intuía claramente era que, de uno u otro modo, Seton trabó aquella noche relación con el afortunado James Vernon, que se ganó su confianza y que le llevó en coche hasta las afueras de jersey City, en donde lo asesinó para robarle los treinta mil dólares, arrastrando después el cuerpo desde la solitaria carretera hasta el escondido rincón de aquel desmonte, extremo este comprobado por sus hombres al inspeccionar el lugar donde apareció el cadáver.

Naturalmente, Seton poseía la suficiente experiencia profesional para calibrar los posibles peligros. ¿Quién podría acusarle de haber matado a Vernon para robarle? Sólo su amante, la señora Bradley; nadie más que ella sabía que conocía a Vernon, nadie más que ella podría proporcionar la pista a la Justicia. Y entonces fue cuando decidió deshacerse de su amante por medio de aquel ingenioso procedimiento de la llamada telefónica, al mismo tiempo que urdía la historia que le serviría de coartada en caso de necesidad.

Y ésta era, con las inevitables lagunas, la consistente teoría que el teniente Stone se había forjado de regreso del «Vanities Club», a la vista del retrato de Vernon, salido a luz en el registro de las habitaciones de la primera víctima.

Cuando la expuso ante el sargento, éste la juzgó muy verosímil, sólo que, a su juicio, la sólida argumentación de su jefe ofrecía una falla muy considerable. Le dijo:

—¿Y cómo se explica usted que un hombre como Seton, a quien nadie ha visto jamás hasta hoy por esta casa, haya podido disponer la pistola en la cabina y salvar las múltiples contingencias presumibles para que el arma no se disparase hasta el momento preciso?

¿No ha pensado en ello?

—¡Claro que lo he pensado! Y confieso que esto es lo único que realmente me desconcierta. Ignoro cómo diablos habrá podido hacerlo, pero, después de lo que ahora sabemos, mis dudas sobre la culpabilidad de Seton son mínimas. ¿Dice usted que le telefoneó a

su oficina?

—Sí; pero ya se había marchado. En estos momentos, Dick y Roland deben estar vigilando su casa. En cuanto asome las narices por ella, le echarán el guante. A mí también se me hace sospechosísimo el amigo Seton. Si conseguimos aclarar cómo pudo ingeniárselas para montar todo este tinglado del teléfono, lo demás no ofrecerá muchas dudas. Usted ya lo ha explicado bien.

Media hora más tarde, el enigma de la colocación de la pistola en la cabina quedaba resuelto.

Stone y el sargento se hallaban ocupados en someter a los moradores de la casa a un nuevo interrogatorio, cuando de la Central se recibió un recado para el teniente. Comunicaban que una desconocida acababa de hacerles una confidencia por teléfono. La mujer se había enterado de que en determinado departamento del 282 de la Calle 41 habían asesinado a una tal señora Bradley, y les telefoneaba para decirles que cuando, aquella misma mañana, intentaba ella salir de otro departamento de la misma planta, alrededor de las doce, sorprendió a un individuo que, después de mirar recelosamente a una y otro extremo del pasillo, abría la puerta del piso donde se había cometido el asesinato y penetraba rápidamente en su interior, cerrando tras de sí. Ella atisbaba por una mirilla de otra puerta y pudo verle perfectamente, ya que sólo aguardaba encontrar solitario el corredor para marcharse a la calle, como así lo hizo a continuación. Después, al enterarse del suceso, pensó que tal vez aquel desconocido fuese el asesino, y se decidió a informarles del hecho, por si les interesaba.

De la Central se le dijo al comunicante que se personase allí para tomarle la debida declaración o que, en todo caso, dejase su nombre y dirección. Pero la desconocida se negó a ambas cosas, aduciendo que si daba aquel paso se vería en una situación comprometidísima, puesto que cuando sorprendió al supuesto asesino, ella no salía de «su» casa, dando a entender que andaba mezclada en cierto lío amoroso del que, como era lógico, no le interesaba que se hiciese la menor publicidad. En vista de ello, su oyente no insistió y se limitó a tomar cumplida nota de la confidencia, que la mujer amplió, proporcionando una detallada descripción del hombre que había sorprendido entrando en el piso de los señores Bradley a las doce de la mañana de autos, nota que ahora se le transmitía al teniente.

A la vista de la detallada confidencia, Stone se percató enseguida de que la descripción que la comunicante había hecho del sujeto que entraba en el piso de la víctima a las doce de aquella mañana, encajaba perfectamente con las características físicas de Bill Seton, circunstancia que estimó decisiva y que confirmaba plenamente su teoría.

Pensó que Seton podía estar perfectamente informado por la señora Bradley de las especiales características del teléfono instalado en su domicilio, y que para él resultaba tarea fácil, valiéndose de una ganzúa o proporcionándose un duplicado de la llave que su amante llevaría sin duda en el bolso, abrir en cualquier momento propicio la puerta del departamento.



Lo que ya no comprendía bien, si en efecto fue Seton el hombre

que había penetrado a aquella hora en el piso, era que la doncella, que según su declaración había permanecido toda la mañana en él, no se hubiese enterado de nada.

A fin de poner en claro aquel extremo, sometió a la doncella a un segundo interrogatorio, y entonces la situación se despejó definitivamente. Estrechada e preguntas, la chica terminó por confesar que había mentido en su primera declaración, ocultando que abandonó el departamento para marchar a la calle, permaneciendo ausente de él una media hora, entre doce y doce y media, aproximadamente.

—¿Quedó alguien más en la casa?

—No, señor. Estaba yo sola. La cocinera vino minutos después de llegar yo, y un poco más tarde la señora, que había salido a las diez y media. Los últimos en llegar fueron el señor y Sam, el chofer.

—¿Y por qué marchó usted?

—Es que me llamaron de la calle, por teléfono.

—¿Quién?

—No lo sé. Poco antes de las doce, sonó el teléfono. Cogí el aparato y oí una voz de mujer. Me dijo que era una empleada de los «Almacenes Altman», explicándome que mi señora estaba allí y había comprado algunas cosas que deseaba le llevasen enseguida a casa. Como en aquellos momentos todos los repartidores del almacén se encontraban ausente, ella me telefoneaba, por encargo de mi señora, para que fuese a los almacenes sin pérdida de tiempo, en donde me entregarían lo que mi señora había adquirido para que yo lo trajese aquí.

—¿Fue usted, pues, a los almacenes?

—Sí. Pregunté en la sección de lencería por una tal Molly, como se me había ordenado, y resultó que ninguna de las dependientas se llamaba así. Ninguna de ellas me había telefoneado ni recordaba el incidente. Me dijeron que sin duda alguien me había gastado una broma, y regresé de muy mal humor, sin contarle después a nadie lo que me había ocurrido para que no se riesen de mí. Más tarde, cuando sucedió la desgracia, cogí miedo. Pensé que alguien podría culparme por haber dejado solo el piso. Ahora ya sabe por qué no le dije nada de esto cuando me interrogó antes.

Con esta segunda declaración de la doncella, confirmada poco después por dos empleadas de los «Almacenes Altman», la versión

que de los hechos se había forjado el teniente cobraba, a su juicio, perfiles de irrefutable realidad, al quedar eliminada la única falla que se ofrecía en la sólida argumentación expuesta ante el sargento. Se comprendía perfectamente la finalidad de la «broma», y no cabía dudas sobre la identidad de su autor.

La supuesta vendedora sería una cómplice de Seton, y el ardid sólo podía tener por objeto alejar a la doncella del departamento para poder entrar impunemente en él y disponer convenientemente la ingeniosa máquina que sirvió para desembarazarse de la enojosa señora Bradley.

Ningún detalle de importancia quedaba ahora sin aclarar, e incluso ciertas aparentes contradicciones encontraban en el ánimo del teniente la debida justificación. Por ejemplo, Stone se explicaba perfectamente el contrasentido que, en principio, parecía representar la presencia de Seton en el lugar de autos después de cometido su segundo delito. Nada más lógico, a su juicio. A Seton le interesaba informarse de sí, efectivamente, su amante había muerto o no, ya que existía la posibilidad de que quedase solo herida y, en este caso, subsistía el peligro de que la señora Bradley pusiese a la Justicia sobre la pista de Seton, una vez encontrado el cadáver de James Vernon. Le interesaba, pues, quedar informado enseguida de este extremo, a fin de trazarse el plan más conveniente, y por otra parte, el riesgo que corría era mínimo, puesto que de sorprenderlo allí alguien —como en efecto sucedió—, la historia que ya había urdido justificaría igualmente su presencia en el lugar.

En fin, el intrincado problema ya no ofrecía dificultades y, de hecho, sólo faltaba proceder a la detención de su antiguo subordinado para que él mismo se encargase, en el curso de la consiguiente declaración, de atar los escasos cabos que todavía andaban sueltos, cesando en este punto su actuación, para dar entrada a la acción fiscal.

Cuando a las ocho y media se reintegró a la Central, los reporteros de sucesos le abordaron, tratando de que el teniente les proporcionase algún nuevo dato sobre los dos sensacionales sucesos de la mañana, pero Stone no soltó prenda.

—Sólo puedo decirles lo que ya saben ustedes.

—¿No sospecha quiénes puedan ser los autores?

—Mañana seré más explícito —sonrió.

No le interesaba airear les hechos descubiertos, hasta que sus hombres hubiesen echado el guante a Seton.

Se adentró en el edificio y, al cruzar por un pasillo, divisó a Rollins, que parecía aguardar a alguien. Stone le apreciaba. Rollins era uno de sus hombres más eficientes y honrados. En aquella ocasión, se había pasado toda la tarde en danza, interviniendo activamente en las más diversas investigaciones.

—¿Se encuentra todavía de servicio?

—No, teniente.

—¿Y por qué no se ha ido aún a su casa? Hoy ya ha trabajado bastante.

—Porque le esperaba a usted.

—¿A mí? —se extrañó el teniente—. ¿Para qué?

—Verá... Cuando Seton pertenecía a la brigada, él y yo nos hicimos muy amigos.

Siempre lo juzgué un hombre honrado.

—Pues hoy habrá tenido sobradas ocasiones de convencerse de lo contrario.

—Así es —reconoció Tom—. Por eso precisamente quería hablarle a usted.

—¿De qué?

Rollins rindió detallada cuenta de su encuentro de la mañana con Seton, del ruego de éste para que no dijese a nadie que le había visto allí, y del anuncio de visita que le hiciera para aquella noche.

—Como comprenderá —terminó diciendo Rollins—, no creo que en las actuales circunstancias se atreva a pisar mi domicilio, pero después de todo lo visto, yo tenía que informarle a usted. Estimaba que Bill Seton era incapaz de matar a nadie y no quería perjudicarlo, pero ahora comprendo que estaba engañado y tenía que sincerarme con usted.

—Perfectamente. Y otra vez, no confíe tanto en los «amigos», Rollins —sonrió el teniente—. Por fortuna, ha hablado a tiempo. Váyase a su casa, y si le visita el amigo Seton, recíballo con toda amabilidad. De lo demás me encargaré yo.

—No irá.

—Tal vez sí. Confía en su buena fe y, sobre todo, usted es la única fuente de información que se le ofrece para precaverse de los peligros que le acechan. Buenas noches, Rollins. Y, ya lo sabe, si

Seton se presenta en su casa, usted es su amigo y nada más,
¿comprende?

—Sí, teniente.

CAPÍTULO IX

Media hora después, en un ruidoso bar de Henry St., sonaba el teléfono público. Uno de los camareros descolgó el auricular, y la voz de un hombre preguntó:

—¿«Bar Hylton»?

—Sí.

—Haga el favor de avisar a la señorita Wright. Es una chica morena de ojos muy negros, que estará sentada en una de las mesas del fondo.

En efecto, el camarero divisó a una joven de las características reseñadas en el lugar indicado, y se aproximó a ella.

—¿La señorita Wright?

—Sí; yo soy.

—Un hombre la llama al teléfono.

Por lo visto, aquello era lo que esperaba con impaciencia, porque, sin hacer más preguntas, se puso en pie, encaminándose rápidamente a la cabina.

—¿Es usted, Seton?

—El mismo. ¿Algo nuevo?

—A poco de ausentarse usted esta tarde, telefoneó el sargento Dixon. Le dije que había salido y que ignoraba a dónde habría ido y cuándo volvería. En vista de ello, el sargento me rogó que, si le veía, le dijese a usted que telefonease enseguida a la Central.

—Por lo visto ya han empezado a estallar los petardos.

—Así parece. Un poco antes de cerrar la oficina y cuando ya me disponía a salir, hizo nuevo acto de presencia el sargento, pero ahora en carne y hueso. Me explicó que pasaba por la calle y que de pronto se le ocurrió subir por si usted ya había regresado. Después, se dedicó a interrogarme. Mostraba interés eh que yo le hablase de

aquella señora Bradley que vino al despacho. Yo le dije que era una morena de ojos verdes, que declaró llamarse así. Entonces el sargento me preguntó si estaba segura de no engañarme, sugiriendo que tal vez la visitante se llamase de otro modo parecido, como Bradfield, o algo semejante. Le contesté que, cuando ella llamó por teléfono, estaba segura de haber oído perfectamente Bradley. «¿Y cuando vino la primera vez al despacho?», interrogó.

«También», le respondí yo. Por último, al hombre se le despertó la curiosidad de saber si seguía usted durmiendo en el mismo departamento y cuando le respondí afirmativamente, se despidió muy fino y salió.

—¿Algo más?

—Sí. Hace poco, cuando me dirigía aquí, pasé frente a su casa, y allí había dos individuos haciéndose los distraídos, con una pinta de policías que atufaban. Me paré fingiendo mirar un escaparate, y estoy segura de que vigilaban el portal de su domicilio.

—Eso es mucho más grave todavía.

—¿Ha planeado ya algo?

—No. Sólo sé lo que dicen esta noche los periódicos, que casi no es nada, y antes tengo que orientarme. Esta noche pasaré por casa de Tom y él me informará. Entonces será el momento de poner manos a la obra.

—¿Y no teme que ese Tom...?

—Me conoce bien, y confío en él. Además, es el único procedimiento que tengo de orientarme. Mañana estate ahí a esta misma hora. Te llamaré. Y ya lo sabes, vas como siempre al despacho, y a esperar tranquilamente los acontecimientos. ¡Adiós, pequeña!

—¡Hasta mañana!

Dy colgó el auricular, y abandonó la cabina con el ánimo cargado de oscuros presentimientos.

* * *

La jornada del día siguiente fue para Dy pródiga en acontecimientos extraordinarios. Había pasado una mala noche y, a las ocho, ya estaba *en* la calle, llegando antes de tiempo a la oficina. Por cierto que en las inmediaciones del portal ya no se veía el

menor tipo sospechoso. Quizá hubiesen desistido de la tarea.

Ascendió a la planta y abrió el despacho, dispuesta a cubrir el expediente, en espera de la visita de algún nuevo personaje de la Central.

Había adquirido la prensa de la mañana, y desplegó el «New York Herald» para ver si decía algo nuevo. No pasó de la primera página. Allí estaba la noticia presentida, y no por eso menos dolorosa.

Los destacados titulares daban cuenta de la detención del asesino de James Vernon y de Sally Bradley. Éste no era otro que William Seton, un policía renegado, capturado por sus antiguos compañeros al salir del domicilio de Thomas Rollins, otro miembro de la Brigada de Homicidios. El asesino había tratado de huir, y la policía tuvo que disparar contra él, hiriéndole en un hombro. En aquel momento se encontraba hospitalizado, bajo vigilancia, en el «Bellevue».

Superada la primera impresión que le causó la noticia, Dy se sumió en la lectura del copioso texto inserto en la página séptima, adonde se remitía al lector. Aquí se ampliaban, mejor dicho se desmenuzaban prolijamente las noticias de la primera página, dando detallada cuenta del curso de los acontecimientos que, según consignaba el periodista, ya eran casi por Completo del dominio de la Policía al finalizar la tarde del día anterior, si bien entonces no se estimó oportuno airearlos a la curiosidad pública en espera de que el culpable cayese en manos de la justicia, como en efecto había ocurrido ya.

El reporter del «New Herald» procedía a una minuciosa descripción de hechos, siguiendo con toda fidelidad el relato que de los mismos había proporcionado a los periodistas el jefe de la brigada de Homicidios, teniente Stone. Éste manifestaba que sólo faltaba que el propio acusado los corroborase, en el curso de la pertinente declaración que se le tomaría en el momento que el estado del herido lo permitiese; confirmación que Seton no podría soslayar, ya que las pruebas contra él eran, como cualquiera podría apreciar, abrumadoras.

Dy se leyó la extensa información —calco y ampliado de las conocidas argumentaciones expuestas la tarde anterior por el teniente, a su regreso del «Vanities», ante el sargento Dixon— y

cuando concluyó, quedó aterrada. No porque llegase a dudar de la inocencia de su jefe —en este sentido su fe en él era inquebrantable—, sino porque el cabal conocimiento del cúmulo de detalles que le acusaban llevó a su ánimo la convicción de que nadie, salvo ella, podría dejar de creer en su culpabilidad.

Algún ser diabólico había conjurado todos los indicios imaginables en contra de Seton.

¿Quién podría ser este torvo personaje, sino el verdadero y único culpable de los dos asesinatos, para de esta forma quedar libre de toda sospecha?

Se torturó buscando algún indicio que iluminase su cerebro. Volvió a leer —ahora detenida y deliberadamente— la extensa información periodística y, a continuación, se esforzó por recordar con fidelidad toda la conversación mantenida el día anterior con Seton, cuando éste se sinceró con ella solicitando su ayuda.

¿Qué significación real tendría la farsa representada por la señora Bradley cuando le hablaba a Seton por teléfono, delante del marido, fingiendo dirigirse a otro interlocutor?

En la versión oficial que insertaba el «New Herald», la cosa aparecía bastante lógica, ya que, ante la llamada intempestiva del amante, la señora Bradley reaccionó como lo hubiese hecho cualquier otra casada infiel en parecida; circunstancias delante del esposo; pero con arreglo a lo que le explicó su jefe, aquella actitud de la mujer resultaba altamente intrigante.

El nombre de Bill Seton debió traerle inmediatamente a la memoria el recuerdo de su antiguo novio. Debería saber, por lo tanto, que le llamaba su prometido de seis años atrás, a quien, desde entonces, no había vuelto a ver. En tal situación, lo lógico hubiese sido negarse a hablar con él o, en todo caso, coger el auricular para poner de manifiesto su lógica extrañeza. Y, no obstante, nada de esto sucedió. Acudió prestamente al teléfono, como si se tratase de una llamada normal, para después fingir hablar con otra persona distinta. ¿Qué pensar de ésta anomalía? Parecía encontrar natural que Bill Seton la llamase; algo así como un episodio enojoso, pero previsible. Podía aventurarse la teoría de que la comedia representada por la mujer tuviese una doble significación: disimular ante el marido y, al mismo tiempo, insinuarle algo significativo al oyente que se encontraba al otro lado

de la línea. ¿Quizás que su marido la estaba escuchando? ¿Y por qué deslizaría el nombre del tal Delanney, como común amigo de ambos? Por cierto que, según el periódico, John Delanney, activo corredor de apuestas, vivía en la casa de los Bradley, ocupando un departamento vecino de su misma planta.

Quedó un rato pensativa y, de súbito, le brillaron los ojos.

Segundos después. Dy abrió un cajón de la mesa de su jefe y sacaba una pequeña pistola, que metió en el bolso. Finalmente, cerró el despacho y se marchó a la calle.

CAPÍTULO X

La telefonista de la centralilla giró la cabeza para contemplar con curiosidad a la chica que se había detenido frente a ella, al otro lado del mostrador.

—Perdone que le moleste. ¿Vive aquí un tal señor Delanney?

—Sí. Departamento E, planta quinta.

—Bueno... —sonrió la muchacha, como disculpándose—, creo que le he preguntado una tontería. No ignorara que el señor Delanney viviese aquí. Lo que yo quería más bien, era pedirle un favor.

La telefonista consideró a la recién llegada con acentuada curiosidad.

—¿Sobre qué?

—No sé si sabré explicarme. Verá... Soy taquimeca. Hace un mes me quedé sin empleo, y entonces, me inscribí en una agencia de colocaciones. Ayer me avisaron a la pensión para que me presentase enseguida. Por lo visto, el señor Delanney solicitó allí los servicios de una taquimeca para que trabaje en su domicilio particular durante dos horas al día, y me han designado a mí. Yo, la verdad, si se tratase de un despacho no daría este paso, pero ya tengo bastante experiencia sobre esos señores que necesitan taquimecas en sus departamentos, para ignorar que la mayoría buscan otra cosa muy distinta. Por eso, antes de entrevistarme con el señor Delanney me gustaría saber que mi trabajo no consistirá en sentarme en sus rodillas.

—Ya comprendo —rió la telefonista.

—¿Qué opinión le merece el señor Delanney en ese sentido?

—No creo que intente sentarla en sus rodillas... si usted no lo desea.

—¿Es un señor de edad?

—No, no; al contrario, no tendrá arriba de los treinta y cinco años, posee muy buena facha y es bastante guapo. Se lo decía porque el señor Delanney goza del suficiente éxito entre las damas, para poder renunciar a esos vergonzosos procedimientos de conquista.

—¿Y cómo sabe que tiene éxito entre nosotras? ¿Se lo ha dicho él mismo?

—Si me lo hubiese dicho él, no lo creería. El verdadero conquistador nunca presume de serlo. Me consta, porque lo he comprobado. Lleva año y pico viviendo en la casa, y no se pasa día sin que le telefonee alguna mujer, durando el juego dos o tres meses, hasta que otra le quita la plaza, Y todas son muy bonitas.

—¿Se les nota en la voz?

—Se les nota nada más mirarlas. Cruzan por el vestíbulo para subir a su departamento.

—¿Es bonita la última, también?

—Lo supongo, porque aún no ha venido por aquí. Empezó a telefonearle hará un mes aproximadamente, y se llama Rossie. Pero me temo que la pobre Rossie haya caído ya en desgracia.

—¿Por qué?

—Hace tres días que no se telefonan.

—Supongo que también hará estragos el señor Delanney en esta casa...

—Se equivoca. No le gusta relacionarse con los vecinos, únicamente visitaba a los dueños del edificio, que viven en un departamento de su misma planta. A la pobre señora Bradley parecía serle muy simpático.

—¿Quién es esa señora?

—La esposa del amo de la casa, la que mataron ayer. ¿No ha leído los periódicos?

—¡Ah! ¡Ya decía yo que me sonaba...!

Las dos mujeres se dedicaron con ardor al comentario del apasionante episodio, hasta agotar todas las posibilidades del tema. Entonces, se separaron.

—Bueno, muchas gracias por su amabilidad.

—De nada... ¿Piensa presentarse al señor Delanney?

—Ya no sé qué hacer. Después de su descripción, temo ser yo la

que al final aspire a sentarlo en mis rodillas.

La telefonista soltó la carcajada, mientras la visitante se alejaba, dedicándole un guiño significativo.

* * *

Al verse en la calle, Dy se apartó unos cuantos metros del portal para, después, detenerse al borde de la acera, mirando a uno y otro extremo de la calle. Finalmente debió de encontrar lo que buscaba y cruzó la calzada, penetrando en un lujoso «milk-bar»

de la otra acera, cerca del estacionamiento de coches.

Ocupó una de las altas banquetas junto al mostrador, y pidió un batido de piña. En el estacionamiento de vehículos se veía un auto de dos plazas, cubierto, esmaltado de verde brillante. El guardacoches acababa de informarle del nombre de su dueño: John Delanney.

Le sirvieron el batido y, con la pajita, se entretuvo hasta dejarlo mediado. Seguidamente abandonó el batido y se encaminó al teléfono. Giró el disco y oyó la señal de llamada, hasta que alguien descolgó al otro lado.

—¿Doscientos ochenta y dos de la 41?

—Sí.

—Póngame con el señor Delanney.

Conectaron enseguida y, poco después, se dejó oír una voz varonil.

—¡Diga!

—¿El señor Delanney?

—¿De parte de quién?

—De una amiga de Rossie.

—¿De una amiga de Rossie? —indagaron, con cierta extrañeza.

—Bueno, quería decir de una vecina. Rossie acaba de sufrir un accidente, y como no puede ponerse al teléfono, me ha encargado a mí que telefonee al señor Delanney, diciéndole que venga para aquí enseguida.

—Pero ¿qué le ha pasado?

—La han herido en el hombro y en la cabeza con un cristal muy grueso que ha tirado un hombre. La policía ha detenido al del

cristal, y han avisado a una ambulancia para que lleven a Rossie a una clínica. Pero ella no quiere marchar hasta que usted llegue, y por eso yo le telefono. Me ha dicho que venga lo antes que pueda.

—Perfectamente. Dígale que salgo en el coche inmediatamente. Gracias por el recado.

Cuando el hombre colgó bruscamente el auricular, Dy se sentía exaltada, con los nervios a punto de estallar. Fuese al mostrador, dejó una moneda, y salió de nuevo a la calle.

Cuando alcanzó el lugar de estacionamiento, ascendió a un taxi y, antes de sentarse, le dijo al chofer:

—¿Ve aquel coche de dos plazas, pintado de color verde?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Dentro de muy poco subirá un hombre a él. Tiene usted que seguirle lo más disimuladamente posible, pero sin perderle de vista. ¡Ahí van esos veinte dólares! Son casi todos mis ahorros.

—Descuide. No se me escapara el tipo aunque le salgan alas. Y guárdese el billete, preciosa. Ya arreglaremos cuentas al final.

Dos minutos más tarde, la muchacha diviso a un individuo alto, de traje gris, que avanzaba presurosamente hacia el coche verde. Aquél sería. En efecto, el hombre sacó un llavero y abrió la portezuela, subiendo con rapidez mientras el chofer del taxi ponía el motor en marcha.

Cuando arrancó el coche verde, el taxista aguardo unos segundos, y partió también, siguiéndole a una distancia prudencial. Pronto se percató de que el conductor del auto verde sólo se preocupaba de marchar a la mayor velocidad posible, sin volver en ninguna ocasión la cabeza. Mucho mejor.

Cruzaron Manhattan, en dirección Este, y por el túnel alcanzaron la otra orilla del East River, entrando en Queens. El taxi seguía a Delanney a pocos metros de distancia. Ahora, el tráfico era mucho menos intenso, y al enfilarse la Avenida West, los dos coches incrementaron la velocidad. Hasta llegar a Brooklyn no abandonó el coche verde la amplia avenida, que iba bordeando la orilla. Finalmente se internó hasta pasar el Prospect Park, yendo a detenerse en Duanne St., frente a un edificio de departamentos.

El taxi pasó de largo, mientras Delanney descendía y desaparecía por el portal.

—¡Pare aquí mismo!

Dy bajó del coche, y el chofer le preguntó:

—¿Espero aquí o la acompaño?

—No sé qué pasará —sonrió ella.

—Yendo yo, no pasará nada —afirmó el hombre muy serio, abandonando el taxi para seguirla.

En la conserjería, Dy se encaró con el empleado.

—Quisiera saber si vive aquí una amiga mía llamada Rossie.

—¿No sabe el apellido?

—Pues no. Muchas veces hemos estado juntas, y siempre la he llamado Rossie. Tendrá unos veinticinco años y es bastante más alta que yo y muy guapa, morena, con los ojos verdes.

—¡Ya caigo! Debe de ser la señorita Rossie Lane. Planta tres, departamento cinco.

—Muchas gracias.

Mientras avanzaba hacia el ascensor, Dy se sentía emocionada. La descripción que acababa de hacer y que el conserje había estimado muy acertada para aquella Rossie Lane, era la misma que recordaba de Kate Wood, la que visitó a Seton haciéndose pasar por la señora Bradley. Cuando alcanzaron el ascensor, le dijo al chofer súbitamente:

—Ahora lo he pensado mejor. En vez de acompañarme, salga y avise a la policía. Creo que tendremos jaleo.

—Entonces sí que no la dejo. Cuando hay jaleo, Pat Nolan nunca falla —afirmó, señalándose a sí mismo con el pulgar.

—No sea tonto. Aguardaré en la planta hasta que usted vuelva.

—¿Palabra?

—¡Claro!

Partió el chofer, y Dy subió al ascensor. Al llegar a la tres, avanzó por el pasillo hasta localizar el departamento 5, parándose discretamente cerca de él. Pensó que si John Delaney era el personaje que ella creía adivinar, y Rossie la falsa señora Bradley, ambos se sentirían en aquel momento profundamente alarmados, y se estarían pidiendo mutuas explicaciones dentro del departamento.

Se oyó el golpe de un pestillo al descorrerse, y la muchacha se echó a un lado, a tiempo que se abría la puerta del departamento, dejando ver a Delaney, que decía a alguien invisible:

—Te espero abajo. ¡Date mucha prisa!

Ya iba el hombre a salir cerrando la puerta, cuando una voz

femenina le llamó:

—¡John! Oye, John, ¿no habrá tiempo de...?

Al volverse el aludido, la mujer surgió del interior, y Dy la miró fascinada. ¡Era la falsa señora Bradley!

—¿Qué decías? —preguntaba el hombre.

Pero la dama había enmudecido y contemplaba a Dy con ojos atónitos. Reaccionó súbitamente, y se cogió del brazo del hombre, apremiándole:

—¡Vámonos!...

—Pero ¿qué diablos te ocurre?

Giró la cabeza Delanney, y entonces, al ver por primera vez a Dy, debió intuir el peligro que significaba su presencia, porque se le ensombreció el rostro.

—¡Vámonos, vámonos!... —repetía la mujer.

—¡Cállate de una vez! —Dulcificó el tono de la voz, y se dirigió a Dy:

—¿Buscaba algo, señorita?

—Lo que buscaba ya lo he encontrado, señor Delanney. ¡No se muevan o disparo!

Había sacado la pistola del bolso, y encañonaba a los dos personajes. La mujer gritó, y el hombre contrajo los puños.

—¡Cuidado con moverse!

—¡Maldita víbora!

Cuando ya saltaba sobre ella, Dy disparó una y otra vez. El impulso se quebró, y John Delanney cayó de bruces, chocando su cabeza contra el suelo.

El ruido de las dos detonaciones motivó la alarma. Se abrieron puertas y algunos hombres avanzaron por el pasillo.

—¿Qué pasa?

También llegaba en aquel instante el chofer del taxi con dos policías.

—¿Quién ha disparado?

—¡Yo! —declaró Dy—. Detengan a esa mujer y cuiden del herido. Son dos asesinos de cuidado. Yo respondo.

—¡Y yo! —voceó el chofer, en un raptó de entusiasmo, sin saber de qué se trataba.

CAPÍTULO XI

Hasta aquella noche, diez horas después de los acontecimientos descritos, el sangriento problema planteado con los asesinatos de James Vernon y de la señora Bradley, que todo el mundo creía ya resuelto, no encontraba su definitiva y desconcertante solución.

En realidad, la admirable intervención de Dy fue decisiva para la solución del enigma. La muchacha obró impulsada por la fe más que por el cálculo. «Sabía» que Seton era inocente, y borró de su ánimo todas las pruebas que le acusaban, lanzándose, con la misma ciega fe, por una pista que la diosa fortuna quiso que fuese la verdadera.

Ahora, Dy presentaba a la mujer de que había hablado Seton, a la falsa señora Bradley, en la que nadie creía o a quien, en último extremo, se juzgaba algo así como su cómplice; estrechada a preguntas, Rossie corroboró sus palabras. También, después de la primera cura, confesó John Delanney, explicando con toda claridad su intervención en los hechos.

Delanney era el amante de Sally Bradley. Algunas noches, cuando el esposo se ausentaba de la ciudad, la pareja marchaba a la calle. En una de estas ocasiones fueron al «Vanities». Era la misma noche que James Vernon, a quien ambos habían conocido en la residencia de los Pickman, había ganado en una sala de juego treinta mil dólares.

Una vez dentro del club, Sally Bradley se percató de la presencia de Vernon, sin que éste la hubiese visto. Inmediatamente ordenó a su amante que se fuese de allí, a fin de evitar que Vernon pudiese forjarse maliciosas suposiciones. Al marcharse Delanney, James Vernon reparó en la presencia de la mujer. Se acercó para saludarla, y ella le explicó que esperaba a su marido, aunque no le había dado

seguridad completa de poder ir allí. Vernon la invitó a que se sentase mientras tanto en el palco que ocupaba, y allí estuvieron de charla. El hombre se sentía muy eufórico, y explicó que unos amigos le habían llevado a una sala de recreo, en donde la suerte se le había rendido pródiga: al final, se alzó con una ganancia de treinta mil dólares.

Al cabo de media hora, un camarero anunciaba a la dama que un señor la llamaba por teléfono.

«Debe de ser mi marido», explicó a Vernon, intuyendo que se trataría de Delanney. En efecto, su amante le telefoneaba desde la calle para informarse de la situación.

—No puedo salir —le dijo ella—. Le he dicho al señor Vernon que espero a mi marido, y el hombre ha decidido hacerme compañía hasta que aparezca George o hasta que yo finja no querer esperarlo más. Como comprenderás, en este último caso el señor Vernon considerará inexcusable acompañarme hasta la misma puerta de la casa. De modo que ya puedes ausentarte hasta mañana.

—¡Qué se le va a hacer! —se lamentó Delanney—. ¿Te diviertes mucho?

—¡Un horror! —ironizó la dama—. El señor Vernon me ha explicado veinte veces seguidas que esta noche ha ganado en un garito treinta mil dólares.

—¿Es que está bebido?

—No, no; el hecho es cierto. Va forrado de billetes de mil. Sólo que se muestra pesadísimo.

La noticia de la fabulosa ganancia obtenida por James Vernon no se le iba a Delanney de la cabeza. Pasaba por ciertos apuros económicos, y pensaba que una cantidad así sería su salvación, al final, se decidió.

Esperó pacientemente con su coche cerca del «Vanities» y cuando, a las dos y media, la pareja salió del local, avanzó con el auto hasta hacerse el enconradizo. Explicó que acababa de salir de casa de unos amigos cuando casualmente los vio. La señora Bradley contó lo mismo que ya había explicado a Vernon, y Delanney se brindó a llevarles en el coche.

Después de dejar a Sally Bradley en su domicilio, Delanney se dispuso a llevar a Vernon hasta el hotel. Por el camino charló con él. Le explicó que aquella noche el cuerpo le pedía un poco de fiesta, y

que en cuanto le dejase en el hotel, marcharía a un parador nocturno de las afueras de Jersey City, a su juicio el mejor centro de diversión del mundo. Tanto lo ponderó, que Vernon mordió el anzuelo. Preguntó si él podría acompañarle sin molestar, y John accedió a llevarle encantado. Una vez en la solitaria carretera, en lugar previsto de antemano, Delanney fingió una avería y detuvo el coche. Tenía a mano una pesada llave inglesa, y cuando James Vernon se inclinó sobre el motor para inspeccionarlo, la descargó brutalmente sobre su cabeza, matándole. Le despojó del dinero y, finalmente, arrastró el cadáver hasta ocultarlo lo mejor que pudo entre los matorrales de un desmonte.

Fue al verse de regreso en su domicilio cuando se percató de la imprudencia cometida. En cuanto apareciese el cadáver, la policía iniciaría las investigaciones y, al final, se descubriría que la noche de su desaparición, Vernon había sido visto en el «Vannies» en compañía de una dama. Al final, se descubriría la identidad de la dama, y entonces Delanney estaría perdido, porque su amante terminaría por contar que la víctima se marchó en el coche con él. Tenía, pues, que eliminar también a su amante, y sin pérdida de tiempo, antes del hallazgo del cadáver de Vernon.

Por eso urdió la diabólica trama que presentaría como culpable de los dos asesinatos a Bill Seton, antiguo prometido de su amante, según sabía por ésta, y que en la actualidad actuaba de detective privado sin muchos escrúpulos, como le constaba por otro conducto.

Atados todos los cabos, puso en marcha su plan. Necesitaba un cómplice, y recurrió a Rossie, una mujer que por dinero sería capaz de todo y que, además, estaba enamorada de él. La instruyó convenientemente, y Rossie cumplió su papel a la perfección. Visitó a Seton, y dos días después, hora y media antes del asesinato de Sally Bradley, le telefoneó, como también a Mary, la doncella, para que abandonase el departamento, circunstancia que Delanney aprovechó para penetrar en él y disponer el arma en la cabina. También fue Rossie la que, horas más tarde, telefoneó a la Central fingiéndose comprometida en un lío amoroso, para decir que había visto entrar a Seton en casa de los Bradley.

A la señora Bradley la engañó con un cuento chino, a la mañana siguiente de haber matado a Vernon. Le dijo que acababa de recibir

la visita de su antiguo novio, que había ido a verle para hacerle saber que estaba perfectamente informado de sus relaciones amorosas con su antigua prometida, actual señora Bradley, y que tenía en su poder papeles que lo probaban, amenazándole con contárselo todo a George Bradley si en el plazo de tres días no le entregaban diez mil dólares. Delanney, que fingía sentirse asustado, le anunció que tal vez Seton le telefonease a ella misma.

Y éstos fueron, someramente expuestos, los más destacados detalles suministrados por John Delanney en su extensa declaración, extremos todos confirmados más tarde por la tal Rossie y por cuantas personas podían estar al tanto de ellos.

Como se comprenderá, una vez puestos de relieve todos los puntos anteriores y confirmados que fueron, el problema encontraba una perfecta y definitiva solución, aventando cuantas acusaciones recaían antes sobre Seton.

* * *

Aquella noche, la Prensa dedicó planas enteras a la sensacional información, y todos los periódicos destacaron dignamente el nombre y la efigie de Diana Wright, la diminuta Dy, que con su solo esfuerzo y coraje había sido capaz de desenredar tan fabulosa madeja, haciendo trizas la tupida tela de araña en que habían hecho caer a su jefe.

Por la madrugada, Dy pudo visitar a Seton en el «Bellevue Hospital». El hombre, emocionado, le dio las gracias. Dy lo miró a los ojos, y repuso con alegría y malicia:

—No presuma, que no lo he hecho por usted. Ya e dije que no estaba dispuesta a perder mi empleo. Seton se incorporó trabajosamente de la almohada, donde aparecía recostado, para acariciarle la cara. Después, habló con seriedad:

—No lo perderás. Yo seré tu jefe, tu amigo, y si quieres, tu marido. Y además, desde hoy, un hombre honrado.

Dy cerró los ojos, y asintió con la cabeza.

FIN